

PÁRRAFOS DESDE EL PLATA

Roberto Armando Forte

Fotografía de tapa: “Cuando El Plata se hace mar”
Autor: Roberto Armando Forte.

c 2015 Roberto Armando Forte
c 2015 Fondo Editorial El Orfebre

Ira. Edición
Editor: Roberto Armando Forte

I.S.B.N. 978-987-33-7841-6

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en la República Argentina
Printed in Argentina
Esta edición se terminó de imprimir en
Imprenta San Cayetano el 28 de setiembre de 2015
Rivadavia 2174 – Olavarría – Pcia. de Buenos
Aires – Rep. Argentina

A Rita.

A mis hijos Silvana y Marcos.

A mis nietos Bruno y Emma.

A queridos alumnos, queridos colegas docentes y amigos que me animaron a publicar este libro.

PRÓLOGO PARA UNOS PÁRRAFOS HECHOS DE EMOCIONES Y SUEÑOS

Cuando conversamos con Roberto acerca de lo que estaba escribiendo, recuerdo que, con esa sonrisa chiquita que cada tanto se hace risa, comentó que tenía algunas historias rondándole por la cabeza.

Con la generosidad que lo caracteriza, me dijo, tiempo después, que le gustaría que prologara su libro.

Un gran cariño me une a este hombre callado, firme en sus convicciones y hondamente sensible.

Y, entonces, cuando acepté su propuesta, me pregunté qué debería ser un prólogo. La pregunta parece tonta, porque basta la consulta del diccionario para encontrar definiciones académicas al respecto. Sin embargo, mi inquietud partía de la sensación de que lo único que uno debe hacer a través de un prólogo es abrir al lector una pequeña puertecita de acceso al mundo de la creación del autor. Y no más que esto pretenden ser estas palabras que giran conmovidas después de la lectura de “Párrafos desde el Plata”.

“El Plata”, como dice Roberto. Ese ancho río de aguas marrones tantas veces mancillado por la codicia de los conquistadores. “El Plata”, lugar mítico, símbolo de identidad, puerta de acceso del mundo de nuestra tierra.

Esta orilla separada por el agua de la “otra orilla”, parece un símbolo que encierra la esencia que recorre los textos de este libro. Como una corriente subterránea, el fluir del agua, atraviesa los relatos. El arroyo, la pileta del club, el mar...Y con ellos, la infancia, la historia, la melancolía que impregna las atmósferas de los diferentes cuentos.

Inevitablemente, cuando uno se sumerge en la lectura de este libro, la atmósfera nos atrapa. El relato intimista y la carta, como formato predominante, actúan a manera de vehículos que nos transportan a mundos envueltos por sensaciones que creíamos olvidadas, por miedos que alguna vez la vida nos obligó a enterrar, y, simultáneamente, nos acercan a la dolorosa conciencia del paso del tiempo y de la finitud humana.

Cuentos como “Cuando matamos a Marilyn” o “Perdón querida Mafalta”, son verdaderas reivindicaciones de la inocencia de la infancia y el idealismo de la adolescencia, como bastiones que nos protegen frente a la crueldad de un mundo prosaico que nos condena a sentirnos culpables de soñar.

El “hijo del orfebre” ha crecido. Como escritor y como ser humano. Pero no olvida. Pueblan las historias aquí narradas, retazos de su infancia y adolescencia, los años en el banco, las ausencias añoradas, las lecturas que lo conmovieron...

En las cartas de “Párrafos desde el Plata”, el alma cándida y juguetona de Federico García

Lorca, se hace voz y es la excusa para mostrar su alma limpia y su profundo dolor frente a la violencia humana. La atmósfera del relato se tiñe hacia el final de un oscuro presentimiento de muerte y tragedia, en claro contraste con las ansias de vida, simbolizadas en esos versos que se repiten: “verde que te quiero verde...”

Los lectores, sentimos entonces, una profunda tristeza que emana del dolor de saber que allí, en su Granada natal, sería asesinado por el odio y la intolerancia.

Sólo quisiera hacer una última referencia a dos relatos que me emocionaron por la hondura del sentimiento y la ternura que de ellos emana, “Cuento hecho carta” y “Nadar al sur” (que agradezco profundamente a Roberto haber incorporado a este libro), desnudan las sombras de los viejos miedos de la infancia: Pero hay en ambos conmovedoras imágenes del amor que siempre no salva de la indefensión y la angustia: La madre, la sombra del padre que protege y guía, el amigo, la memoria...

Seguramente, los lectores de estas historias encontrarán otros significados. Las mismas cuerdas sonarán con diferentes melodías al calor de la lectura. Sin embargo, ninguno podrá permanecer indiferente. Porque a poco de ingresar en este libro, será imposible no sentir que habla n más ni menos, que de nuestra condición humana.

Prof. María Luisa Echevarría

PÁRRAFOS DE CARTAS DESDE EL PLATA

En octubre de 1933, Federico García Lorca llegó a la Argentina para pronunciar algunas conferencias durante quince días. Se enamoró del país y permaneció en él seis meses. En marzo de 1934 emprendió el regreso a España con la firme promesa de volver. Nunca lo pudo hacer. En honor a su memoria y en homenaje a su talento, este relato de ficción con aires de cartas

Miércoles por la mañana:

Hoy caminaré nuevamente por esa avenida llamada de Mayo, que es sólo una calle de no más de diez cuadras, pero que los porteños veneran y que a mí, personalmente, me encanta.

Iré a media mañana, y regresaré a mi habitación del Hotel Castelar donde resido, recién al anochecer. Caminaré despacio y me demoraré en todos los cafés, bares y bodegones que pueda. Quizás tome un “expreso cortado” con una o dos “medialunas” en el Café Tortoni, ese legendario y hermoso local que abrió sus puertas en el Centenario de la Revolución de Mayo. Quizás, también, tire algunas carambolas en el bar “Los 36 billares” y tome un vermouth “Cinzano” con fernet y con ingredientes tan familiares por lo casi españoles, como papas rejillas fritas, aceitunas y albondiguillas de carne con salsa roja.

Me detendré en los quioscos, conversaré con los canillitas y leeré el diario llamado “La Nación”, cuyos editoriales políticos pocas veces comparto. Si pasado el mediodía me sorprende el hambre no dudaré un instante y visitaré nuevamente los restaurantes de los hoteles “De la Paix” o “San Luis” y ordenaré sopa “minestrón” y un “bife a caballo” o una “tira” de asado con ensalada mixta, con mucha cebolla cruda, esa que recomiendan mis compatriotas mozos de los que existen por centenares en esta ciudad.

A esta altura Paco te preguntará si tu amigo Lorca ha venido a la Argentina solamente para comer, pero admito que me gusta compartir momentos en bares y confiterías de Buenos Aires. Además, debo confesar, que me agrada mucho esta ciudad y sus habitantes. En realidad me agradan los argentinos provincianos y porteños, pero a estos últimos los he aprendido a querer, ya que si bien muchas veces se muestran fanfarrones y pedantes, no son otra cosa que grandes tímidos que ocultan su ternura con gestos ampulosos.

De todos los porteños prefiero a los que se fanatizan por el fútbol y a los bohemios amantes del turf, ese noble deporte al cual Gardel, recrimina en las estrofas de uno de sus tangos:

“Por una cabeza de un noble potrillo
que justo en la raya afloja al llegar
y que al regresar parece decir:
no olvides hermano,
vos sabés, no hay que jugar”

Te darás cuenta querido Paco que me estoy despidiendo de este país y de los argentinos. Vine por quince días invitado para brindar algunas conferencias y me quedé seis meses. He sido agasajado, halagado y homenajeado como un prócer. Presencí la puesta en escena de “Bodas de sangre” como pocas veces la viera en Madrid y tuve el placer de conocer a una actriz argentina de abolengo, como Lola Membrives, quien hizo que tuviera deseos de rescribir algunos pasajes de la obra especialmente para ella.

Anochecer de día viernes:

Ya en otro tema, que quizás sea el mismo, creo haber escrito antes que casi nunca comparto los editoriales políticos de la prensa con tinte conservador, sin embargo he encontrado verdaderas perlas, en periódicos de menor tirada, de algunos autores que me gustaría que leyeras alguna vez. El diario “El Mundo” tiene, por ejemplo, un periodista de pueblo llamado Roberto Arlt que escribe semanalmente sus “Aguafuertes porteñas” que considero sinceramente sin ningún desperdicio. Creo que este periodista es un autor premonitorio, pues he tenido la oportunidad de leer alguna de sus novelas, donde no hace otra cosa que anunciar la caída del presidente Dr. Hipólito Irigoyen, cuya destitución y reciente muerte ha llorado medio país.

Con relación a los grandes diarios: “La Prensa” con el apellido Paz por detrás, tuvo alguna participación en la desestabilización del Presidente Irigoyen y en el consiguiente golpe de estado y “La Nación” también contribuyó bastante en la misma tarea.

Para que te des una idea “La Nación” fue fundada por Bartolomé Mitre, un militar devenido en político. que fuera Comandante de Línea en la guerra al indio y General en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Aquella que costara tantas muertes y donde Mitre ordenó el ataque frontal de los infantes y la caballería argentina sobre la artillería paraguaya en la fortaleza de Curupaytí. Allí las bajas argentinas fueron del

orden de los diez mil y alguien, alguna vez, comparó aquello sin reparar en números, con la “carga de la Brigada Ligera” británica, sobre las posiciones artilladas rusas en la batalla de Balaclava en Crimea, donde en veinte minutos murieron seiscientos jinetes de elite. Por otra parte, te recuerdo amigo Paco que Bartolomé Mitre ha sido el tutor de la historia oficial, ya que su “Historia Argentina” es la base de todos los tratados y manuales escolares, donde no existen hombres y mujeres, sino próceres de bronce en pedestales altos.

Querido Paco, voy a cerrar ahora porque mis colegas de la Sociedad Amigos del Arte me han invitado a visitar una estancia bonaerense y saldremos mañana muy temprano. Ya tendrás mi impresión al respecto.

Nuevamente miércoles:

El tiempo parece volar. He permanecido tres días en el campo –regresamos ayer- y ha resultado inolvidable. La estancia posee un casco maravilloso del siglo pasado, perteneciente a la familia del General Pacheco, uno de los lugartenientes y hombre de confianza del Brigadier General Juan Manuel de Rosas.

Demás está decir que me atendieron a cuerpo de rey y me agasajaron con asado de vaquillona con cuero y pude probar vísceras de vaca a la parrilla (achuras que le dicen). Te puedo garantizar Paco, que si no sabes de dónde vienen, resultan un manjar poco común. También he tomado mate de yerba amarga en calabaza y con sorbete: es decir con una bombilla metálica, que a decir verdad, era una obra de arte con cincelado en plata muy propio de esta zona.

Sentí íntimamente y, como nunca, que toda la gente me brindaba su confianza, especialmente la peonada muy criolla, muy ruda, pero de gesto y ademán noble.

Pero lo mejor lo experimenté el domingo por la tarde, cuando perdí la cabeza por la bella ahijada del dueño de casa. Una joven de cabello castaño y de ojos verdes, casi grises, con acento provinciano del interior; creo que de la región litoral norte, donde aún quedan ruinas de las antiguas Misiones Jesuitas

Ella me acompañó en el paseo de la tarde y, tuve la convicción que si me quedaba un día más, permanecería argentino y enamorado para siempre. Y también supe, cuando vi las lomadas de buena hierba oscura, con algunas crestas rocosas y un potro azulejo galopando en soledad hacia la cima, que de no haberlo hecho antes, entre 1924 y 1927, volvería a escribir aquellos versos sonámbulos de mi atávico romancero, que he estado susurrando, con nueva vida, al oído de esa niña:

“Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.”

“Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.”

.....

Entre besos ella me prometió que nos encontraremos pronto en Granada. Sé que nunca sucederá Paco, pero permíteme soñar este sueño pampeano y bajo este cielo con estrellas del sud.

Noche del martes:

Ha comenzado marzo, pronto emprenderé el regreso a España y se me han presentado algunas dudas sobre mi viaje. Tú sabes Paco que mi vida ha sido un constante dudar y que, casi siempre, he quedado atrapado en disyuntivas que a cualquiera mueven a risa.

Sabrás Paco que siempre me han gustado los barcos y que he programado mi regreso en un paquebote que hace el viaje a este cono del sur del mundo. Pero, últimamente algunos amigos han querido influenciarme para que regrese en avión: un vuelo que sale de Buenos Aires, hace escala en Río y toca Madrid para terminar en Berlín

Hasta aquí todo ha estado medianamente claro, hasta que he visto el aparato. Se trata de un Fokker con cabina de aluminio y tres motores que meten miedo para empujar. con tres mil caballos de fuerza, una verdadera lata de sardinas.

Comprenderás que no me ha brindado ninguna confianza esa máquina infernal teutona, como tampoco me merece confianza ese Canciller austríaco con bigote de Chaplin, que los cerrados alemanes han colocado en el poder y que, seguramente, nos llevará a los europeos a alguna aventura nada buena.

... Y no sólo a los europeos Paco. Fíjate que en este bendito país la mayoría de la clase dirigente es manifiestamente germanófila, partiendo del Presidente Justo, en ejercicio del poder ejecutivo, y siguiendo por casi toda la germanófila cúpula del

ejército, con sus uniformes de corte muy prusiano, que ha sido responsable de primer orden en el derrocamiento del ex -presidente Irigoyen en septiembre de 1930.

En fin Paco, te preguntará qué tiene que ver lo del barco o del avión. Lo mío es pura desconfianza, pero aquí, por lo general, el común de la gente es confiada, ve lo europeo como algo demasiado lejos y parece no comprender que este nuevo Reich alemán puede ensangrentar el mundo.

Una mañana de fines de marzo de 1934:

Querido Paco he llegado al puerto, ya he despachado el equipaje y me he despedido de los amigos, rogándoles que me dejen solo. En poco tiempo más estaré sobre cubierta, sin embargo he querido tomar un último café en esta tierra, por lo que estoy sentado a la mesa de una cantina portuaria, escribiendo esta última carta desde el Plata, que es una especie de llanto anticipado por algo que me ha sucedido:

Hace instantes me acerqué a un grupo de estibadores desocupados en torno a una olla de sopa comunitaria, quise cruzar algunas palabras con ellos y no reparé que estaban acordonados por un pelotón de policías, algunos de ellos de civil. No sé por qué, pero uno de éstos me reconoció y, a empujones, me apartó del lugar gritándome:

-Volvete a España, rojo maricón.

Ya me estoy volviendo a España Paco, he estado seis meses en esta hermosa tierra sudamericana y te aseguro que quiero regresar, pero ahora mismo estoy pensando que, cuando creí haber gozado de la más absoluta libertad, estaba más allá del bien y del mal como europeo y exitoso, y nunca reparé en el entorno militarizado, donde los opositores del régimen, adversarios políticos radicales irigoyenistas y socialistas están en el exilio.

Mi llanto es anticipado Paco, al cavilar acerca de lo que podemos esperar si en España golpean los partidarios de Sanjurjo o los falangistas de Primo de Rivera contra la República, en estos tiempos de reacción contra los gobiernos populares y al mejor estilo de nuestros vecinos fascistas italianos y alemanes.

No quiero ni imaginar Paco lo que sería de nuestra tierra entonces: con Madrid y otras ciudades sitiadas por tropas, seguramente pertrechadas por la maquinaria militar nutrida en la cuenca del Ruhr. Mientras que de nuestro lado, quedarían hombres de pueblo, convertidos en soldados e irregulares milicianos, combatiendo el hambre y tratando de defender la República, débiles y ensangrentados en las cuevas áridas de Teruel o de espaldas a las aguas del Ebro, para que no pasen.

.... Entonces hasta mi romancero gitano podría resultar ajeno para los españoles y mis propios compatriotas de derechas no me perdonarían el haber sido un autor moderno, ni admitirían tampoco mis amistades entre los surrealistas del arte, ni mis orígenes en Fuentevaqueros o mi primer apellido García. Seguramente terminarían por acuchillarme o balearme entre sombras y por arrojarne sin nombre ni señal en un barranco de Sierra Nevada, en alguna fosa común con banderilleros anarquistas o con algún maestro, tildado de comunista después de una clase de historia.

Confieso Paco que me aferra el miedo de sólo pensarlo y tiemblo por ello. Entonces también pienso que quizás no debiera subir a este barco para retornar , que quizás sería preferible quedarme en esta tierra, lejos de nuestro ancestros andaluces que tanto me llaman. Vivir quizás en estos campos pampeanos, buscar unos ojos verdes, casi grises que sé que me aguardan y reencontrarme con mi romancero sonámbulo de diez años atrás... para volver quizás a escribir: ...“Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas. El barco sobre la mar y el caballo en la montaña. “....

DE LUCES Y SOMBRAS

Posible correspondencia encontrada en los archivos de un comerciante de nacionalidad española, en los últimos años de Virreinato del Río de la Plata.

A los 28 días del mes de noviembre del Año del Señor un mil ochocientos seis.
Excmo. Sr. Alcalde de la ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires
Don Martín de Alzaga

El motivo de la presente es continuar, por la vía epistolar, nuestra conversación iniciada en la Alcaldía de la ciudad el día viernes próximo pasado y presentar formalmente mi proyecto de reactivación de las Fiestas de los Toros en esta benemérita ciudad.

No escapará a Vuestra Merced que las fiestas de luces en nuestra bien considerada ciudad , realizadas en la Plaza de Toros han decaído notablemente desde el año del Señor de 1802, pese a que el Honorable Virrey del Pino dispuso que el arrastre de toros muertos “fuera realizada de un modo vistoso y agradable, empleando una yunta de mulitas empenachadas con cascabeles” . Recordará, además, que la innovación ha durado poco y los toros han sido nuevamente arrastrados a la cincha por los enlazadores y, realmente ha habido escasa actuación de matadores, mostrando verdadera

enjundia a “la hora de la verdad”, o suertes de varas y de banderilleros, cuya presentación o propuesta haya estado a la altura de la circunstancias o de las preferencias de nuestra selecta población.

Soy consciente que el momento político no es el mejor, dadas las noticias que llegan de la Metrópoli. Tampoco las finanzas actuales en estas tierras coloniales son tan promisorias como otrora, cuando se contaba con solvencia más que suficiente para proveer toros de lidia aptos como para montar un espectáculo a tono con la valía y la determinación de los toreros. Por tal motivo, mi modesto proyecto apunta a popularizar un tanto y difundir en mayor medida la actividad taurina en esta parte del Virreinato.

A tal efecto informo a Vuestra Merced que, con no poca sorpresa y satisfacción, he detectado en una visita casual al matadero, cómo pobladores de las clases bajas y asiduos concurrentes para obtener algún “corte” fresco para su consumo, se distraen, ya sea montados o a pie, persiguiendo animales dispersos o asistiendo sin orden a carniceros o aprendices en la faena.

Sin intentar ofender vuestra exquisita sensibilidad, lo visto entre verdaderos fangales de vísceras y sangre, me dice que nuestra población marginal estaría dispuesta a participar activamente y con entusiasmo en un evento como el que planteo.

Lo expuesto pobremente en estos párrafos no pretende aburrirlo, ni restarle el precioso tiempo que tan dignamente dedica a los negocios y avatares públicos, sino que tiende a la introducción de mi idea de realizar un “encierro” al mejor estilo de la Fiesta de San Fermín, que tradicionalmente se lleva a cabo en Pamplona con tanto éxito y aprobación por parte de todos los niveles de la población.

Si Vuestra Merced entiende que existe la posibilidad de llevar a cabo esta empresa, le ruego que me lo haga saber y, con sumo agrado y reverencia, volveré sobre la cuestión para poner a vuestra disposición mayores datos.

En apartado que adjunto remito, me he permitido agregar croquis de las calles que recorrería la “suelta” hasta llegar al encierro en los corrales de la Plaza del Toros del Retiro

No escapará a su elevado criterio que en esa zona se levantan tunas espinosas, que servirán de cercas naturales y evitarán costos que demandaría la construcción de vallados por donde avanzarán los toros hacia el encierro.

Quedo al aguardo de una respuesta a esta misiva y, por supuesto, a vuestra entera disposición con el agradecimiento de sentirme honrado por su atención y deferencia

Dios guarde a V.E.

J.L.Z.C. y Obes.

.....

Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires, a los 21 días del mes de diciembre del Año del Señor de un mil ochocientos seis.

Estimadísima Excelencia y Alcalde de la Ciudad
Don Martín de Álzaga
Su Despacho.-

Con fecha 14 del corriente mes de diciembre he recibido de la Excma. Secretaría de esa Alcaldía, nota suscripta por el Honorable Secretario comunicándome que si bien resulta de interés mi propuesta de fecha 28 del mes de noviembre próximo pasado, el Tesoro no dispone de partidas públicas para distraer en este tipo de eventos.

Sobre el particular, mucho me temo no haber sido cabalmente interpretado con anterioridad. Es pues de mi obligación aclarar que de ninguna manera pretendo restar estipendios destinados a intereses públicos, sino que apunto a difundir el arte de la tauromaquia, tan caro a nuestras tradiciones peninsulares, como un emprendimiento netamente privado.

Para mayor y mejor inteligencia de mis planes, pongo en su perspicaz conocimiento que recientemente he adquirido en la Banda Oriental (con fondos de mi exclusivo peculio), un lote de ocho toros provenientes de las haciendas de Don Francisco Gallardo y Hnos, cercanas al Puerto de Santa María y de Don José Cabrera y Angulo del

paraje de los Arcos de la Frontera. Según me han dicho tales animales tuvieron origen en las vaquerías de los Frailes de la Cartujo de Jerez de la Frontera (cercano a Cádiz) y al parecer tienen muy buena sangre, al extremo que el hacendado Juan Miura ha adquirido también algunos y toda su respetada familia se ha iniciado en los menesteres de la cruce de estos ejemplares, con la certeza que en una decena de años contara con toros de lidia de las mejores figuras.

Considero, salvo mejor opinión de vuestra merced, que tales animales serían sumamente aptos para el encierro, por lo que pongo nuevamente a su consideración el tema, con el exclusivo requerimiento de contar con la debida y oficial autorización para utilizar las vías públicas en jornadas festivas, a determinar con alguna prudente antelación, que permita convocar la participación de la notable y activa población de esta ciudad, cabeza de nuestro bien amado y respetado Virreinato del Río de la Plata.

Agradezco todas sus atenciones y saludo a Vuestra Merced con la mayor consideración.

J.L.Z.C. y Obes

Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires, a 28 del mes septiembre del Año del Señor de un mil ochocientos siete.

Estimadísima Excelencia y Alcalde de la Ciudad
Don Martín de Álzaga
Su Despacho.-

Con agradecimiento y respeto, pero también con absoluto pesar he leído vuestro despacho oficial, firmado con fecha 14 del corriente mes de septiembre, mediante el cual se me otorga autorización para llevar adelante las gestiones y preparativos para “el encierro” a realizarse en fecha festiva a determinar, como un reconocimiento más hacia la población que tuvo tan heroico desempeño en los conocidos sucesos bélicos que llevaron a la defensa de nuestra querida ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de la Santa María de los Buenos Aires contra los ejércitos ingleses, durante la segunda aventura invasora producida en julio del corriente año.

Mi profunda pena deriva de los hechos acaecidos después de la sangrienta batalla de El Retiro cuando, como bien recordará Ud., la columna del regimiento imperial inglés N° 87, al mando del General Samuel Auchmuty recibió órdenes de avanzar por las calles Santa Rosa y Santo Tomás, para tomar la Plaza de Toros, donde nuestras fuerzas habían establecido bastiones de artillería. En la oportunidad, el citado General,

equivocó el camino y arribó a las inmediaciones de dicha Plaza por la calle Estrecha que a esa altura es apenas un sendero, lo que le costó enfrentarse directamente con los defensores al mando de nuestro Capitán Juan Gutiérrez de la Concha, quien había ordenado despejar la zona de tunas para tener mayor visibilidad y emplazado cuatro baterías que ocasionaron grandes pérdidas a los imperiales ingleses.

Descuento que Ud. estará en pleno conocimiento que una vez que los nuestros agotaron las municiones, el Gral. Auchmuty pudo sumar sus fuerzas a las de Mayor Nugent y, una vez que pudieron apoderarse de la batería Abascal, lograron entrar a la Plaza de Toros, haciéndose fuerte allí y determinando que el comandante en jefe de las fuerzas de invasión, General Whitelocke, decidiera constituir en ella el cuartel general.

A esta altura de los acontecimientos, me es imposible precisar si fueron los hombres de Nugent o los de Auchmuty los que cometieron la tropelía pero, con gran congoja de mi parte, me veo en el compromiso de poner en vuestro sabio conocimiento que los ocho toros de raza, que con gran esfuerzo y costo había logrado importar de nuestra bien amada metrópoli, fueron salvajemente sacrificados en los corrales de nuestra Plaza de Toros (a partir de estos días Campo de la Gloria), donde eran alimentados convenientemente para que mantuvieran forma y energía propias para la lidia.

Tal aberrante hecho cometido quizás por Incultura, quizás por venganza, determinó seguramente el avituallamiento de las fuerzas de tareas inglesas. Dicho más groseramente, los magníficos animales fueron ultimados y devorados por las salvajes tropas “casacas rojas” ya expulsados definitivamente, por gracia del Altísimo, de nuestro bien amado Virreinato.

Por lo expuesto, el mencionado y desgraciado suceso, me obliga anunciar que he desistido de mi proyecto propuesto anteriormente, de dotar a ésta, nuestra acogedora y valiente ciudad de la Buenos Aires, de una fiesta de toros similar a la ya mentada festividad de San Fermín.

Dios guarde a Vuestra Excelencia, lo colme de toda gracia y le otorgue largos años de vida para la salvaguarda de nuestra bien amada comunidad.

Con mis disculpas y siempre a su servicio.

J. Leopoldo Zamorán Cortez y Obes de Murillo.

CUENTO HECHO CARTA

A todos los niños y jóvenes que han tratado mis cuentos en diferentes escuelas.

Querida mamá; querida madre; querida vieja: en realidad no sé cómo dirigirme para hacerlo menos formal...

Ayer estuve en una escuela de provincia y hablé de mis cuentos, de nuestros cuentos....

Eran niños chicos de 6to. grado, “año” le dicen ahora. Me trataron muy bien, me emocioné con ellos y me regalaron esta lapicera, con la que escribo ahora.

Una niña chica, de 11 ó 12, años me pidió que escribiera un cuento para ellos. Yo dije que quedaba en deuda... y ésta es mi deuda...

Por eso quiero que me ayudes... Han pasado tantos años... pero quiero que me ayudes a decirles que –en el fondo- no he cambiado tanto, que –en definitiva- poco ha cambiado. .. Quiero decirles que los guardapolvos siguen siendo los mismos... que aún me asustan las mismas cosas.... Quiero contarles que las matemáticas siguen siendo difíciles para mí, a pesar de todo lo que hicieron vos, papá y también Raquel para hacerme más fáciles las cuentas de dividir con decimales, para simplificar y para calcular con números fraccionarios.

Deseo que me ayudes a contarles que yo también temía enfermarme y que temía y odiaba

que me dieran vacunas o inyecciones cuando tenía fiebre.

Quiero que me ayudes a decirles que no me importaba que la maestra me retara cuando me quedaba en el baño, para entrar tarde al aula, después del recreo de las 10, para contemplar mejor cómo iluminaba el sol, a través de la ventana, la figura casi imagen, de aquella niña de quien estaba enamorado, que era toda trenzas rubias, sonrisa brillante, andar suave y ojos claros como el agua....

Te pido que me ayudes a decirles lo mucho que lloré cuando la familia de mi amigo se fue a vivir lejos y nunca más lo vi y, entonces me dijiste que la vida de los grandes muchas veces era así: “Hecha de desencuentros”.

Quiero que recordemos que ese día te pusiste el traje muy florido, que tan bien te quedaba, el que elogiaba siempre papá y nos vestiste como para domingo, para después ir juntos, vos, Raquel y yo, a tomar helados a la confitería “para grandes”, con mesas con manteles y copas altas, para que pudiéramos elegir “cherry brandy”, “crema rusa”, “bay biscuits” y que, aunque me dolía la garganta de tanto llanto escondido, disfruté de la tarde y nos reímos mucho con Raquel, pensando que la escuela terminaba pronto...

...Pero esa noche, pensando efectivamente que la escuela terminaba pronto y que llegaba el secundario, tuve fiebre y vos te levantaste varias veces para darme el antibiótico porque también llegaban mis eternas anginas.

Que me ayudes a contarles que siempre ha sido igual para los chicos, porque en aquellos días el verano como lo es hoy, fue bastante lindo y pudimos nadar, pescar, festejar Navidad, Año Nuevo, Reyes y también el Carnaval... Pero que el otoño fue difícil, como todos los otoños, cuando comenzaron las clases del secundario, en otra escuela y casi sin amigos o conocidos....

...Y porque vos te enfermaste y yo no comprendía bien que te sucedía, hasta que Raquel me explicó y entonces tuve miedo, porque supe que podía ser el fin para alguien como vos, quien nunca te permitías enfermarte, ni perder la sonrisa para que nosotros no nos sintiéramos mal.

Fue entonces, cuando me refugié en los amigos e hice cosas que hacen los grandes, para crearme grande, porque tenía miedo de ser chico y de perder las cosas que amaba cuando era chico y que, en cierta manera, los mismos miedos se han repetido siempre hasta el día de hoy....Por eso pido tu ayuda, porque quiero contarles a esos niños y a esa niña chica que los grandes también tenemos miedo...Y, es por eso que parecemos tan serios y preocupados a veces y tratamos de buscar apoyo o afectos que nos digan que “más allá del dolor, renacerá la esperanza”.

AIRES JULIANOS

*Para Julio, amigo de toda la vida, con gran cariño
en el momento de su jubilación como bancario.*

La memoria resulta corta para recordar cuando nos conocimos. De pronto la casa nueva de la calle Lavalle, de revoques de frente muy liso y blanco, vecina a la de mis tías, estaba ocupada y tal vecindad con el viejo patio de mis juegos infantiles me llevó a una pronta integración con tu familia toda.

Recuerdo la escalera casi caracol que llevaba al atillo, un semipiso destinado a escritorio, pero también a cuarto de juegos inverosímiles, como el ping pong en una mesa de trabajo ínfima y de deberes escolares.

Una puerta trunca que daba al garaje, donde, en las interminables tardes de invierno, era también miniestadio de futbol y luego un gran patio con herramientas y útiles de albañilería de tu padre, donde dabas rienda suelta a juegos creativos como un metegol, cuyos jugadores eran cabezas de palo de escoba y la pelota tenía dificultades para rodar, porque había sido tallada por horas en lo áspero de los cordones de veredas.

En ese mismo patio pude aprender a cabecear con alguna precisión, principios de boxeo, con intentos casi imposibles para penetrar tu guardia zurda y, también, los rudimentos del golf, con una secuencia de hoyos que se perdían entre las

plantas del jardín, maltratadas una y otra vez por nuestras correrías.

Yo era algo menor, pero trataba de seguirte y aprendí a admirar y a respetar tu temprana habilidad de jugador de fútbol, con tu gambeta corta, con la calidad de tus toques zurdos y tu notable despliegue físico.

Muchas cosas nos unieron, un barrio inquietante, un parque con el arroyo cercano, la escuela vecina, amigos comunes, la amistad de nuestras hermanas, la amistad de nuestros padres ... y el fútbol...

Con los años, ya adolescente eras todo un crack en el mediocampo de cualquier equipo, pero también podías nadar un impecable estilo crawl, que empezaba a llamarse “libre”, eras hábil lanzador de cualquier objeto, velocista difícil de alcanzar, resistente fondista y, con agilidad, lograbas saltar cualquier obstáculo aún con garrocha.

La vida nos separó a veces, pero nunca estuvimos distanciados y el perder amigos comunes y seres queridos afianzó aún más nuestra amistad.

Una profesión bancaria común nos unió con lazos increíbles de solidaridad en momentos difíciles, en años de plomo, entre injusticias laborales mezquinas y despiadadas, con compañeros inolvidables, con quienes transitamos toda una vida que podría llenar cientos de páginas de cualquier libro.

... Y otra vez el fútbol..., cuando me elegías como compañero, aún consciente de mi mediocridad, al mejor estilo condescendiente y cariñoso de Alejandro Dolina, para integrar una defensa que se cerraba jadeante de resistir en inferioridad de condiciones, frente al adversario siempre más dotado y más poderoso, vistiendo nuestra camiseta a rayas que nos enorgullecía, sintiendo el sudor ardiente en la frente y tu voz de mariscal de campo ordenando a todos:

-YO SOY EL ÚLTIMO... Roberto a la derecha y el negro Omar a la izquierda... Horacio que se adelante para “cortar”, pero no demasiado, para que cuando avancen seamos cuatro en el fondo. Salir despacio, cuidado con la gambeta, si rebasan sobre la línea, al suelo, a los pies...

Los años han pasado, quizás demasiados, algunos muy dolorosos, pero sé que con idénticos sentimientos ambos soñamos todavía con nuestras pequeñas glorias, pareciendo percibir el dulce dolor del tobillo, después de mi eterno esguince y tu crónico dolor del rodilla que decías segura con tu cinta adhesiva en torno.

No existe precio para ciertos recuerdos y una voz interior que me dice que en algún momento integré un equipo de héroes. Una secreta convicción de haber sabido jugar al fútbol, aunque más no fuera en instantes ya lejanos, cuando todo parecía posible y creíamos en las utopías... Y, en mi vida, en momentos difíciles, cuando he creído quedarme solo ante contingencias mundanas que he

considerado insalvables, he deseado oír a mis espaldas y he escuchado tu voz tan conocida y tranquilizadora:

-YO SOY EL ÚLTIMO.... SALGAN
DESPACIO MANTENGAN LA LÍNEA...

CARTA Y REDENCIÓN

Mi modesto agradecimiento para el Dr. Jonas Salk

Era el acto de la escuela. Concluía nuestro ciclo primario en un año fatídico para nuestro país y para nuestra niñez. La peor epidemia de Polio de la historia nos había apartado de cines y de lugares muy concurridos, pero también de piletas de natación y de cualquier juego o deporte que pudiera fatigarnos.

Recuerdo haber subido dos veces al escenario. La primera para cantar en el coro, con mi registro de voz aflautada por la infancia que huía y la segunda vez para recibir mi diploma, que supuestamente me habilitaba para ingresar al nivel secundario y que parecía lejano entre comentarios sombríos que me llenaban de inseguridad y de incertidumbre.

Recuerdo que las piernas me dolían a muerte, un dolor acalabrante y sin origen que había comenzado dos días atrás cuando con Mario visitáramos la casa vacía de su hermana mayor, para regar las plantas mustias por la sequía temprana de diciembre. Un diciembre que traía el verano cargado de malos presagios por la epidemia incontrolable para un país periférico con crisis económicas cíclicas y estructurales.

El dolor había surgido en los hombros mientras accionaba la bomba de mano para llenar los baldes que Mario vaciaba entre los surcos resecos del jardín, que debían abastecer a los lirios,

gladiolos y narcisos escuálidos por el calor. Era dolor mezclado con pánico, con pavor de tocar nada que pudiera contagiarme el terrible mal que llamaban “parálisis infantil” y que había atacado a la niña chica de la casa, ahora desocupada, la pequeña sobrinita de Mario, de apenas tres años de edad, que había sido trasladada en forma urgente, por sus padres desesperados, a los centros de atención especializada de la capital de la provincia.

Sabía que el pronóstico de la niña era reservado y que si salvaba su vida, las secuelas motoras eran impredecibles. En el instante que pensaba en ello, el dolor se había radicado en mis piernas y fue cuando tuve el convencimiento que aquello no era sugestión y que estaba irremediamente contagiado.

Pasaron dos días, el dolor era una suave y dulce extenuación que me invadía todo el cuerpo y mi temor crecía cuando mi madre me miraba de reojo, porque me notaba inapetente o demasiado callado.

Esa tarde ella dispuso que debía ir a la peluquería a cortarme el cabello y yo me mostré extrañado por tamaño acicalamiento sin acontecimiento festivo a la vista. Pese a todo, obedecí sin chistar y me encaminé hacia la peluquería del barrio bajo el sol agobiante, me senté en el gran sillón reclinable que siempre me quedaba grande y dejé hacer al peluquero, quien conocía desde siempre mis rebeldes remolinos y que no recababa ninguna indicación.

Cuando el rociador de agua helada me erizó los pelos de la nuca caldeada percibí el mareo... Es la enfermedad pensé y cerré los ojos. El peluquero me dio el último toque con las palmas de las manos sobre los costados de mi cráneo mojado y engominado, al mejor estilo de esa década de mil novecientos cincuenta, que transitábamos entre la guerra fría de las superpotencias y las revoluciones militaristas de nuestros países sudamericanos.

Con los ojos cerrados esperé, esperé y esperé. Mentalmente conté tres instantes de espera y los multipliqué por tres... El mareo de la siesta agobiante cesó y pude bajar del sillón para dirigirme hacia la calle con paso titubeante, comprobando si aún podía caminar...

Algunas cuadras pasaron bajo mis pies sin sentir la marcha.... En el claro del parque algunos chicos corrían tras una pelota no demasiado esférica de cuero descosido.

-La epidemia quizás ya no estaba- pensé.

Ya en mi casa mi madre me dijo:

-Mañana temprano debes ir al hospital, llegaron vacunas de Norteamérica. Tu número de turno es el doscientos cuarenta y dos, así que a madrugar y a no dormirse.

Después comprendería que la vacuna era llamada Salk, como su creador, y mucho después sabría algo de aquella hazaña de la imaginación que

suponía cultivar virus en tejido renal de chimpancés.

Yo no cabía en mi alivio, sentía que un nuevo mundo se abría ante nosotros los chicos, que ya no éramos tan chicos, porque la razón nos había acosado y la inocencia estaba en retirada.

Casi cuarenta años después, el 29 de julio de 1983, el Dr. Jonas Salk visitó Buenos Aires y siguiendo impulsos no muy claros, escribí la siguiente carta que envié al hotel donde supe que se alojaba:

Los niños del verano de 1956 teníamos nuestras preocupaciones. La mayor epidemia de Polio se abatía sobre el país y cundía el pánico.

Nuestras madres en su afán por protegernos del terrible flagelo nos transmitían su terror colgando de nuestras prendas interiores bolsitas con pastillas de alcanfor que pretendían purificar el aire que inspirábamos, haciéndonos innumerables recomendaciones, brindándonos todos sus cuidados que nos privaban de juegos y diversiones.

-No deben fatigarse- nos decían y cientos de fantasmas de sillas de ruedas, de aparatos ortopédicos y de pulmotores oscurecían nuestras vidas.

Sin embargo un milagro sucedió, una luz de esperanza alumbró los rostros de los padres apesadumbrados y de niños aterrorizados que habían dejado de jugar y de correr.

*El milagro era un medicamento portentoso,
una sublime vacuna... Los niños teníamos un nuevo
Ángel de la Guarda, su nombre: Jonas Salk.*

Muchas gracias.

Niño en 1956 – Hombre en 1983

Firmé la nota y nuevamente aquel alivio de 1956 me llegó como una suerte de redención para todos mis pecados.

PROBABLES REFLEXIONES DE UN VIEJO ASTRÓNOMO

El 16 de febrero de 2009, el diario argentino La Nación publicó, en su sección Noticias de Cultura, una nota titulada “Una misa solemne en honor a la figura de Galileo”. Dicha nota anunciaba que “Por primera vez en la historia, la Iglesia le rindió homenaje al padre de la ciencia moderna” y más adelante destacaba que “Galileo Galilei fue homenajeado ayer por el Vaticano, que por primera vez celebró una misa solemne en su honor en el 445° aniversario de su nacimiento, el 15 de febrero de 1564, en Pisa. Oficiada por monseñor Gianfranco Rivasi, presidente del Pontificio Consejo de Cultura, la ceremonia que tuvo lugar en la basílica de Santa María de los Angeles –ante decenas de académicos de la Federación Mundial de Científicos, fue aprovechada por el Vaticano para hacer sentir claramente su aceptación del legado del ilustre científico, considerado el padre de la ciencia moderna”

La noticia aludida decidió al autor a incluir, en esta breve selección, estos párrafos de ficción, dedicados a su amigo Rodolfo Grassia.

En qué piensa el viejo astrónomo devenido en físico, a quien llaman Galileo Galilei.

Cuáles son los pensamientos de ese viejo, casi ciego, mientras espera el fallo de los Doctores de la Iglesia ante la “sospecha grave de herejía”,

como caratulan los autos del Tribunal de la Santa Inquisición.

Quizás tenga miedo el anciano catedrático de la Universidad de Pisa, pues los vahos de los hogueras que quemaron brujos en Europa no se han disipado aún y, quizás por eso, y sólo por eso, piense que nunca debió adherir a las teorías de Copérnico ni, mucho menos, sostener las ideas de Kepler a quien admira y respeta.

Cuáles serán las cavilaciones del anciano que espera..., quizás piense que nunca debió acercarse a aquel telescopio, de su construcción, a los ojos de los doctos de la Iglesia, ni asegurar que lo que observaban eran cuatro lunas mayores del planeta Júpiter y también las fases del planeta Venus, quizás piense que, en aquella oportunidad, debió apresurarse a reconocer que se había equivocado, que todo era producto de una aberración cromática de sus lentes tallados por su mano temblorosa y pulidos groseramente.

El astrónomo devenido en físico Galileo que espera el veredicto del Santo Tribunal quizás piense que su vida ya no vale casi nada y que la condena puede ser la muerte, la cárcel y también la tortura y él sabe que está demasiado viejo y débil para soportarla, pues los huesos duelen mucho sólo con la artritis, sin que medie la habilidad del verdugo.

Los pensamientos del viejo astrónomo, en la espera que lo angustia y que lo agobia, quizás sean que todavía queda una esperanza, un camino de presunta y oscura salvación y, ese camino,

quizás sea abjurar de sus ideas, olvidar todo lo que ha sostenido y escrito y hasta imaginado en los últimos años, volver a la tesis de Ptolomeo, renegar de todo lo postulado sobre el movimiento de la tierra y pedir perdón ante el Santo Tribunal...

Quizás piense el anciano llamado Galileo que si así actúa será exonerado del grave cargo de hereje y quizás también sea perdonado de toda condena, pues él ya está demasiado viejo para influenciar en mentes jóvenes y, de ninguna manera, constituye un peligro para la doctrina y la verdad revelada en las Santas Escrituras.

Cuáles serán las reflexiones del viejo astrónomo mientras sopesa la posibilidad de abjurar de sus creencias, quizás piense que no será una grave claudicación y que sus discípulos poco demandarán su decisión, en caso de firmar su arrepentimiento...

...Pues, más allá de su posible decisión, el anciano Galileo quizás imagine que detrás de él vendrá alguien que defienda sus ideas, quizás algún británico –pues a los británicos todo se les perdona– que lo redima y hasta aventure asegurar, lo que él intuye pero que nunca ha osado comentar, ni mucho menos escribir: que la masa es importante, tan importante que puede relacionarse con la distancia y aún con el cuadrado de la distancia que separa dichos cuerpos.

... Y quizás el debilitado Galilei piense que, allá adelante en el tiempo, alguien vendrá, que teorice acerca de la Energía y que pueda argumentar que esa Energía es tan importante como

el cuadrado de una constante que hará los números tan gigantescos, hasta hacer casi imposible contarlos... Algún físico preclaro, que pueda escribir libremente, sin censura y sin solicitar licencia a los poderosos de siempre, sobre las estrellas y el espacio, el espacio que puede curvarse con la masa y que, cuando la velocidad de un cuerpo. aumente y aumente, esa misma masa puede tender hasta al infinito, porque, en definitiva Dios es infinito y no arroja dados, porque Dios no cree en el azar.

Entonces, en esos momentos previos a conocer la condena del Santo Tribunal, quizás los pensamientos del físico Galileo Galilei, sean que está demasiado angustiado, demasiado débil y que debe controlar sus pensamientos para que no se parezcan al delirio... pues, de continuar así, quizás los Doctores tengan razón y merezca la condena a muerte, la purificación de la hoguera, como fuera purificado, hace una treintena de años, el respetado y siempre admirado Bruno. El gran Giordano Bruno, como ya lo piensa, a la distancia, el viejo astrónomo, devenido en físico y sospechado gravemente de herejía, Galileo Galilei.

AGUAS VERDES

Relato encontrado en el diario de un guardavidas de la costa atlántica de la Provincia de Buenos Aires.

La temporada no había comenzado todavía, atrasada por las heladas tardías de un mes de noviembre muy inestable, con sudestadas y copiosas lluvias.

Sin embargo, algunos turistas hacían su aparición por las playas ventosas, quizás porque eran propietarios de casas de fines de semana, que venían de la gran ciudad y alrededores, para realizar tareas de mantenimiento y aprestamiento ante la inminencia del verano.

Y por tal presencia de bañistas que desafiaban el mal tiempo, también aparecieron bañeros, veteranos instructores y cursantes de la escuela de guardavidas de la proximidad.

Él, con sus casi cuarenta años de experiencia en las playas, había sido invitado desde la oficina administrativa para presenciar los ejercicios de entrenamiento de los cursantes, pero en esa mañana del día lunes, dudó en concurrir. Todavía tosía mucho por las noches, por el edema pulmonar sufrido como consecuencia de la cardiopatía que había padecido.

Sin embargo, en la medida que transcurrió la mañana y el sol del mediodía comenzó a calentar el ambiente, entre nubarrones plomizos, se decidió y comenzó a caminar despaciosamente hacia la

zona de médanos, más allá del muelle de pescadores, donde sabía que encontraría al grupo.

Al llegar al bar de la esquina, entró sin pensarlo y, mientras le servían un café cortado con una medialuna, sin siquiera haberlo pedido, miró los titulares del diario, sin detenerse a leer las columnas, tratando de ordenar sus pensamientos.

Como al pasar, abrió el cierre del camperón de playa y se miró el pecho. Los dos stents que le habían colocado en las arterias coronarias circunfleja y marginal derecha, por supuesto no se notaban, ni dejaban rastro visible. Distinto hubiese sido si le hubiesen realizado los bay-pass que, en principio, los médicos habían aconsejado.

Nuevamente en camino, sintió que jadeaba un poco al repuntar la cuesta arenosa, pero trató de no pensar en ello –seguramente es el aire frío de la mañana- se dijo para sí.

Ya en la playa los divisó, una docena de jóvenes de ambos sexos, trotaban y hacían flexiones para entrar en calor y pudo observar que vestían uniformes nuevos, con un logo colorido muy diferente al que él lucía en su remera y buzo, correspondientes a la promoción de dos años atrás, cuando él había estado por última vez a cargo de la instrucción.

Fijó la mirada en el mar amarronado, las nubes bajas tornasolaban el horizonte y gruesos cúmulos se perfilaban como copos de algodón hacia el sur. Hacía dos días que el viento soplabá del norte y las aguas se cargaban con la corriente

del gran estuario del río “color de león” que desembocaba cuarenta kilómetros hacia el norte.

Volvió a mirar los grandes cúmulos que parecían inflarse y calculó que esa noche o en la mañana siguiente el viento cambiaría, vendría del sur o del sudoeste y entonces el mar se aclararía y se entibiaría con la corriente más cálida. Sabía por la experiencia de largos años que con el rotar del viento el mar tendría aguas verdes con olas no muy altas que, en sucesivas rompientes, se coronarían de blanco.

-Mañana lo haría- pensó...Entraría al agua sobre el mediodía, con la marea creciente, con el torpedo salvavidas rojo sujeto “en bandolera” y nadaría dos o tres kilómetros aguas adentro, con su ya gastado estilo de brazada libre, hasta estar bien seguro que podría volver a estar a cargo del equipo de salvataje de verano.

-Dos o tres kilómetros, quizás menos- se dijo...Entonces comenzaría a regresar, pausadamente, deslizando todo lo posible, nadando “over”, el estilo que la vieja escuela consideraba “de arrastre”

Observó nuevamente a los jóvenes que entrenaban y pudo comprobar que sus cuerpos estaban bronceados y cuidados, a pesar del frío invierno que aún se sostenía, con el poco sol de la primavera siempre esquiva para la época.

-Muchos abdominales...Muchos bíceps- pensó – Incluso en las chicas que practicaban con movimientos elegantes y elásticos...

Miró sus propias piernas: demasiado pálidas donde, pese a las medias que vestía hasta las pantorrillas con su calzado deportivo, se insinuaban venas azuladas...casi várices.

Decidió caminar un rato y saludó con una despedida “hasta mañana”...Salvo el entrenador a cargo, pocos de los muchachos respondieron...

Enfiló sus pasos hacia los médanos blancos con tamariscos, que se perfilaban entre algo de bruma. El viento, ahora del noroeste, rotaba lentamente hacia el sur, aumentando de intensidad, alborotando mucho las olas altas y haciendo descender rápidamente la temperatura, mientras, en el muelle, los pescadores camaroneros, luchaban para levantar los pesados “mediomundos” invariablemente vacíos en la medida que las aguas se agitaban más.

No tuvo dudas, las aguas del día siguiente estarían verdes...casi esmeralda en el horizonte y con una leve tibieza de la corriente que, paradójicamente, provenía del sur.

Se dijo que era la hora de regresar, lentamente, aspirando el aire con aroma de eucaliptus y pinos, saludando a conocidos y dispuesto a prepararse un ligero almuerzo, leer algo y dormir quizás un poco, antes de mentalizarse para el día siguiente.

Sin embargo, la siesta se prolongó después del almuerzo en un denso sopor y, cuando despertó, la poca luz del ambiente le indicó que casi atardecía.

No se sentía bien, los párpados le pesaban y cierta sensación en el estómago, le indicó que la carne que había cocinado “vuelta y vuelta”, había resultado demasiado fibrosa y había entorpecido su digestión.

Decidió que era hora de ocuparse de su vestimenta para el día siguiente. Buscó y encontró su mejor pantalón de baño, uno ajustable que no impidiera su deslizamiento en aguas no muy frías. Después pensó en alguna remera que pudiera usar incluso al nadar, pero la descartó de inmediato. Al hacerlo, recordó con profundo dolor aquel día, casi diez años atrás, cuando sin pensarlo había ingresado al mar para un salvataje, con la remera de algodón puesta y ésta se había estirado trabando sus movimientos y había demorado algunos segundos en quitársela.

Después, había nadado bien con la marea creciente, trayendo una niña que seguía vital y con conocimiento hasta llegar a “hacer pie” en aguas bajas.

Se dijo una vez más que había nadado presto y bien en esa oportunidad y que no había perdido tiempo en las rompientes, ayudado por dos de sus pares para salir del agua. Sin embargo, la niña se había desvanecido entrando súbitamente en paro cardíaco, cuando aún estaba en sus brazos.

Volvió a tratar de convencerse para sí que, incluso en esos momentos no se había demorado y, mientras sus compañeros buscaban al médico, él había continuado con la técnica de reanimación, sin

equivocar pasos y sin desesperarse mientras notaba que vida de la niña se escapaba.

...Y había continuado con sus esfuerzos hasta agotar su aliento hasta que el médico y sus compañeros lo apartaron, casi a empujones, sintiendo las lágrimas quemantes que se mezclaban con el sudor de su rostro, mientras escuchaba las maldiciones y los insultos de los padres de la niña que lo culpaban por su impericia.

La oscuridad en el cuarto lo sorprendió absorto frente a sus prendas. No tuvo conciencia de cuánto había estado en esa posición y, cuando se dispuso a probarse el pantalón algo arrugado pero que ajustaba correctamente, le llegó una punzada en el estómago. Fue sólo un momento, pero sintió que algo parecía querer detenerse en su interior.

Decidió leer y no cenar, pero la lectura de ningún libro que tenía empezado atrajo su concentración. Volvió a pensar en aquella niña muerta en sus brazos. Era su marca a lo largo de los años, a pesar que la justicia lo había eximido de culpa, había destacado su proceder y determinado que la jovencita tenía antecedentes cardíacos.

Nunca más había vuelto a ver a esos padres y, en ocasiones, volvía a escuchar sus voces airadas a sus espaldas.

La noche avanzaba, tomó “su diario”, un viejo cuaderno con simples anotaciones y comenzó a escribir algunos párrafos...Fue cuando se sintió afebrado...

-Sólo algunas líneas- comprobó en el termómetro y al tomar un antifebril, se preguntó si podría dormir esa noche luego del sopor de la larga siesta.

Resolvió recostarse aunque no durmiera...Desde la pared retratos muy conocidos le devolvieron imágenes siempre presentes: sus hijos y nietos viviendo demasiado lejos...

-Los nietos: ternura demasiado lejapensó.

Su compañera de años, había resuelto no acompañarlo en esa temporada. Estaba cansada de veranos cortos y agobiantes, de turistas que se apiñaban en comercios con apuros incomprensibles, del caos de las rutas balnearias...

-Quizás es hora que te retires – le había sugerido...cuando él ya lo había pensado varias veces...

-“Entregar el equipo”...”Colgar los botines”...como habría sido el decir futbolístico de su padre...

Le había respondido que intentaría una temporada más, pero nada había comentado de la prueba, en aguas verdes, que asumiría en solitario.

Pese a todo, al cabo de un tiempo, el sueño llegó junto a una nueva punzada que, por un segundo, pareció paralizarlo...Y pudo

dormir...entre escalofríos y la llegada de antiguos fantasmas que siempre asechaban...Con la niña muerta en sus brazos...Siempre la niña muerta.

Fantasmas y recuerdos de fiebre. Imágenes de su vida adolescente con sueños postergados, distancias difíciles de acortar, diferencias imposibles de igualar y brechas que nunca se cerraron... Penurias de sus años de actividad oficinesca, mezcla de rutina, persecuciones, intolerancia y autoritarismo...Después, cierta experiencia docente que endulzaría algunos años, con buenas intenciones que no bastaron o no fueron comprendidas...

-Estos jóvenes se atrevieron a ir contra las reglas establecidas y tomaron riesgos que nunca evaluaron- dirían desde los círculos del poder...

Despertó sobresaltado y con el cuerpo dolorido. La luz entre las persianas le dijo que el sol ya estaba alto y percibió el aire un tanto más fresco que el día anterior.

Se tocó la frente, ya no tenía fiebre. Sólo algo de jaqueca estacionada sobre los ojos, se vistió comprobando que el pantalón de baño estuviera bien ajustado y dejó el cierre del camperón abierto para ir aclimatándose al fresco de la mañana.

Elegió la vereda soleada y comenzó a caminar por una de las calles paralela a la costa...Después buscaría la que bajaba hacia el mar, rumbo la parador que tenía un atrio de bajada armado con maderos rústicos y nobles.

Llegó a la calle con los ojos cerrados y cuando comenzó a bajar, los abrió y miró el mar...Crestas blancas coronaban las olas no muy pronunciadas pero repetidas en varias rompientes espumosas...Entre ellas el agua se veía verde, casi esmeralda.

El aire frío del sur le mordió el pecho, entre el camperón abierto, pero no lo cerró... “para ir aclimatándose” se repitió...Pensó que muy íntimamente su corazón, viejo guerrero de muchas campañas, le acompañaría bien sin quejarse y sin dar punzadas traicioneras...Además, pronto nadaría en aguas tranquilas después de las rompientes y el agua sería verde, casi transparente y tibia por la corriente que, como una contradicción en la región, se originaba al sur...muy al sur.

EN LOS CAMINOS DE LA EVOLUCIÓN

Ya en la madurez de mi vida, obtuve una Licenciatura en Enseñanza de las Ciencias Naturales donde una profesora excepcional llamada Silvia, a quien dedico estos párrafos, nos propuso un ensayo sobre temas de Evolución. He aquí la justificación del trabajo.

Cierta vez opiné que escribir un ensayo presupone una técnica especial mediante la cual el autor aborda un tema, sin la extensión que posee un tratado, pero con una capacidad de análisis que agota usualmente puntos de vista y abarca diversos perfiles.

De ninguna manera puedo considerarme un ensayista de temas científicos, soy sólo un viejo docente de ciencias naturales y mi experiencia literaria, deriva del género cuento, cuyo tratamiento me resulta bastante cómodo.

He decidido pues, aún con el riesgo de que este trabajo sea rechazado por el Jurado del Concurso, abordar esta temática de la manera que lo sé hacer, es decir proponiendo una suerte de relato que se sustenta en un hecho real y luego intentando transferir, lo que considero fruto de la experiencia, a la práctica escolar. He pues a continuación lo acontecido:

Sucedió en la década de 1980 y eran mis primeros días a cargo de un curso de Biología en un Bachillerato para Adultos (dentro del Plan de cuatro años de duración), con un grupo de alumnos

bastante heterogéneo en edad, es decir que cohabitaban en aquel “Segundo Año”, jóvenes de diez y seis años cuyos padres habían emplazado a sus hijos para terminar el secundario como fuera, adultos que intentaban mejorar su situación laboral con un título secundario y hasta algunas personas sexagenarias y jubiladas que se daban una nueva oportunidad estudiantil como cumplimiento de una especie de asignatura pendiente personal.

Debo reconocer que llegaba a aquel curso envuelto de algo parecido a una omnipotencia que me daban mis años de supuesta experiencia, adquirida en las cátedras de dos instituto terciarios, uno especializado en enfermería profesional y otro en la rama de educación física.

En mi supina soberbia consideraba que nada de lo aconteciera en esa escuela lograría inquietarme, y mucho menos, que ninguna duda de aquel alumnado podría angustiarme o ponerme a prueba intelectual, ya que suponía todo resuelto de antemano merced, como ya escribí, a mi sobrada experiencia en el ramo.

Así pues que fui desarrollando los contenidos de un programa abigarrado que comprendía todo un universo de saberes propios de un bachillerato acelerado, donde todas eran píldoras sin ninguna profundidad y donde se sobrevolaba desde el nivel celular con organoides e inclusiones, hasta la organización del sistema nervioso autónomo en el ser humano, pasado por la reacción general de alarma y el concepto de Selye.

Al promediar el primer cuatrimestre, todo marchaba relativamente bien entre la inercia propia de la rutina escolar y la pesadumbre de la séptima hora, cuando a las 22,20 hs. sometía a mis educandos con mis peroratas expositivas, alternadas esporádicamente con atisbos de férrea inducción y un pretendido constructivismo que, invariablemente, me llevaba a nuevas clases expositivas.

A pesar de todo, debo reconocer, que mantenía una buena relación con los alumnos, quizás por mis canas, y todo transcurría en un clima de respeto mutuo, una vez que desaparecieron los adolescentes que, como era de esperar, quedaron libres por inasistencias antes de la mitad del año escolar.

Pero de pronto, como dice el refrán: “saltó la liebre” y quedé expuesto, con toda mi soberbia a cuestas, a un tembladeral de ideas que ya creía superadas casi un siglo atrás.

Me encontraba a la sazón haciendo comentarios sobre órganos vestigiales en el ser humano. No recuerdo a ciencia cierta cuál fue el motivo por el cual introduje tales conceptos, creo que fue al analizar un corte de tegumento humano y al señalar el músculo erector del pelo, supongo que derivé, sin mayor método hacia el apéndice vermicular, la membrana nictitante, el tercer molar, como estructuras heredadas de nuestros ancestros o “parientes lejanos” como los llamé.

Creí notar algún movimiento en el fondo del aula, como que alguien se removía incómodo en su asiento y reparé en dos jóvenes treintañeros que hacían comentarios entre sí y me miraban con atisbos de asombro.

-¿ No nos dirá que cree en que el hombre desciende del mono?... me preguntaron con un gesto que me pareció de desdén.

Respondí que no era así que los caminos de las evolución son muy complejos, que mi posición era evolucionista y aventuré algunos conceptos darwinistas acerca de que los cambios de las especies es gradual y continuo, que los organismos semejantes están emparentados, que la fuerza de la evolución es la selección natural y que opera sobre la variabilidad, además, considerando la supervivencia del más apto y tomando la “aptitud como ajuste”.

Cuando trataba de introducir algún elemento del neodarwinismo y sobre la teoría sintética de la evolución finalizó la clase. Eran las 23,15 hs., hacía frío y al ver los rostros adormilados, tuve toda la impresión de no haber logrado convencer a nadie.

Me fui preocupado, pensando cómo abordar el tema en clases sucesivas, pero la cosa no terminó allí. En la mañana del domingo me disponía a dar mi paseo habitual y con el pretexto “de comprar el diario” tomar un café con algún amigo, cuando llamaron a la puerta. No me extrañó la visita de los

Testigos de Jehová que habitualmente recorren el barrio los domingos, lo que sí me sorprendió fue la presencia de mis dos alumnos del fondo del salón, quienes en la última clase habían logrado inquietarme.

Esperé después del saludo la invitación que seguramente vendría para reflexionar sobre algún pasaje de La Biblia, pero me equivoqué rotundamente: Lejos de intentar prolongar la visita, uno de los jóvenes me extendió un libro, de bella encuadernación color celeste y letras doradas, a la vez que me dijo que más allá del obsequio su intención era clarificarme las ideas, pues yo estaba extremadamente confundido.

La sorpresa me impidió toda respuesta coherente, sólo atiné a agradecer la atención y saludar con mediana cortesía.

Demás está decir que el paseo del domingo estaba arruinado y todo ese día lo dediqué a leer y glosar páginas del libro recibido y titulado “La vida... ¿cómo se presentó aquí? ¿Por evolución, o por creación?” que, confieso, me hizo pasar por distintos estados de ánimos: desde la depresión hasta la indignación y otra vez la depresión, ya que por un momento creí sentirme como el maestro del aquel pueblo estadounidense llevado a juicio por enseñar evolución en aquella célebre película, que interpretara genialmente Spencer Tracy y que se llamó “Herederás el viento”

Las anotaciones marginales que hice en aquel libro, que aún hoy conservo me sirvieron para abordar la clase siguiente en ese curso y que,

reconozco, fue un desastre pedagógico-didáctico, pues mi actitud fue de franco enfrentamiento soberbio y lo único que logré fue que la mayoría de los alumnos observara con asombro mi inusual vehemencia y que los dos religiosos no regresaran jamás a mis clases.

Tiempo después encontré casualmente a uno de ellos en la calle y le pregunté por su ausencia. Me dijo simplemente que no podía asistir a clase, pero que siempre me recordaba en sus oraciones para que mi alma se salvara.

Hasta aquí los hechos, lo que sigue a continuación son algunas de las glosas realizadas en aquel texto que hoy contemplo como algunas de las ideas previas que tienen los alumnos y que a su vez me llevaron a meditar sobre la importancia de abordar tan conflictiva temática, con espíritu abierto y con absoluto respeto ante distintas ideologías o credos.

Nunca más volví a plantarme ante una clase con aquella actitud de omnipotencia y soberbia y ya en el ocaso de mi vida como docente, celebré lo dicho por una profesora, en una jornada de perfeccionamiento, quien nos recordó que una vez que hemos logrado aprender algo, lo aprendido se transforma inmediatamente en obvio y pretendemos de nuestros alumnos respuestas inmediatas sobre “tamaño obviedad”

CUANDO MATAMOS A MARILYN

(Soledad y Marilyn)

Fue en el secundario cuando, de alguna manera la adolescencia nos oprimía, Juan Carlos me preguntó *¿la viste...?* Inmediatamente respondí “sí”. No importaba lo que me preguntara, yo la había visto y no la olvidaría de por vida.

En la Argentina y algunos países de Latinoamérica, la habían titulado “Una Eva y dos Adanes”, tampoco importaba el título en inglés, aunque años después supe que se trataba de “Some Like It Hot” y que el director de la película era Billy Wilder. Allí estabas radiante, resplandeciente, con una dulzura increíble y luminosa, con esa mirada ingenua y una sonrisa que deslumbraba a cualquier hombre.

Tu ex-esposo Arthur Miller te definiría años después como *“una luz fulgurante, todo un paradójico y seductor misterio, callejera y dura por momentos y, de repente, llena de una sensibilidad lírica y poética que pocos retienen una vez que la adolescencia ha pasado”*. Yo me sentiría plenamente identificado con tal definición, tanto como compartiría la absoluta adoración que sintiera por ti el artista Andy Warhol, cuando tomara como modelo para sus retratos y para su obra en oro con notable fondo, aquella fotografía de tu extraordinario rostro, surgido de una escena de la película “Let’s make love”, que daría la vuelta al mundo con recordado fulgor y se transformaría

en integrante de lujo de la Colección del Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Con el correr del tiempo volvería a ver ese filme una y otra vez...Entonces, podría reír con el talento de un siempre inefable Jack Lemmon y con la presencia de un Tony Curtis joven y sonriente. Podría esperar la escena del violoncelo acribillado por las ráfagas calibre .45 de los “pianos de Chicago”, disparadas por los secuaces de la banda de “Polainas” George Raft. Podría aguardar también, la ocurrente respuesta sobre que eran “polillas” las que habían agujereado la madera del pesado instrumento... pero sobre el final, sabía que siempre me aguardaría la misma sensación de vacío de alma ante lo inalcanzable, un profundo sentimiento de “dolor de mundo” aquel que, tal vez, tanto angustiaba al joven Werther de Goethe.

Y, de pronto, el 5 de agosto de 1962, estabas muerta.

Años después escuché o leí que algunas de tus fotos y de tus películas, supuestamente pornográficas (que ahora serían seguramente recordatorios para niños), habían sido archivo del F.B.I. y que Robert había enviado “su gente de confianza” como custodia de tu departamento mientras “dormías” tus minutos finales en esta tierra y que incluso Jack, a quien aún quiero y admiro, a pesar de su ya lejana desaparición, había visitado tu “último sueño” y no precisamente para preservar tu vida.

Entonces pensé que la vida no era justa y que los campeones de la libertad no eran tales si te sacrificaban a ti por “ciertas razones de seguridad”. A ti que eras etérea como el aire de las cumbres y que tu único pecado era haber nacido hermosa y haber amado sin ser amada.

También pensé en tus amigos, como el famoso Frank de los ojos azules, al que ligaban con la mafia de Giancana y que había sido objeto y perfil de los “malos” de las películas. Él, quien además de poseer la voz profunda de los dioses para hilvanar el canto de los que saben, te había ofrecido ser tu esposo, sin mayor pretensión que la de estar a tu lado para protegerte en los instantes en que te sentías sola, desvalida, tremendamente vulnerable. Porque sabía que, en esos momentos, llegaban los fantasmas de tu matrimonio prematuro, cuando todavía eras una niña de 16 años –que aún se llamaba Norma Jean Baker- y resolviste seguir a tu esposo James Dougherty, hacia su destino en el Pacífico y en plena guerra, o aquellas peores imágenes de tu perdido embarazo y el sentimiento de no perdonarte ser una Eva para millones de Adanes por obra del filme de Billy Wilder.

Fue entonces cuando recordé mi carta, la que te remitiera para tratar de acompañarte en tu soledad y supe que te había matado, que te había asesinado y era tan culpable como el inteligente Bob y tanto como mi querido Jack, mi querido y respetado John Fitzgerald Kennedy, quien era mi adalid y el depositario de mi esperanza, pues

consideraba que él podría cambiar el mundo, erradicando toda injusticia y opresión de la faz de la tierra.

Yo te había entregado y era cómplice de tu asesinato y para colmo de mis males no tenía demasiado remordimiento, porque en el fondo egoísta de mi mente quizás creía que tu desaparición física te había salvado de todo acoso, para que perduraras como mito, siempre con tus transparentes 33 años, con esa belleza sin par, luminosa, sin mácula, para que sólo accedieran a ti los artistas, los espiritualistas, los puros que te tenían por siempre en el corazón.

Mi carta había tenido el poder de un proyectil y, aún en la nebulosa del tiempo, recuerdo algunos párrafos:

Querida Marilyn:

Te he amado desde que te viera por primera vez en el cine de mi ciudad cuando era casi un niño.

Ahora no soy demasiado mayor, tengo 17 años, pero sé que puedes escucharme. Nunca te vi personalmente y quizás nunca pueda cruzar una palabra contigo y eso me desespera porque desearía estar a tu lado para cuidarte.

Sé que en los últimos tiempos no has estado bien, que tu salud ha peligrado, que tus divorcios con Joe Di Maggio y Arthur Miller te afectaron

mucho. Sin embargo quiero decirte que ellos no te merecían. Nunca le perdonaré a Di Maggio que te haya celado hasta el daño por tu éxito artístico, en lugar de haberte animado y defendido a capa y espada cuando la depresión te invadía.

Tampoco le perdonaré a Miller haberte dejado sola cuando te sentías débil ante el acoso de tu fama que crecía

Por eso, como no puedo estar a tu lado para consolarte y cuidarte te pido por favor que te acerques a tus amigos que ellos te respaldarán. Sé que tienes amigos leales que sabrán protegerte.

A esta altura, sabrás de mis celos, ya que te estoy poniendo en brazos de otros hombres. Pero, pese a todo, te pido que te refugies en su cariño, como en el de tu amigo Frank Sinatra. El podrá cuidarte, nunca te faltará en ningún aspecto y estará a tu lado cuando lo necesites. Además él está muy relacionado con el Senador John F. Kennedy y su hermano Robert, quizás puedas acercarte a ellos que no te defraudarán y estoy seguro que te amarán.

Mientras tanto querida Marilyn, yo aquí, a 15000 km. seguiré todos tus pasos y responderé todas las cartas que quieras escribir.

Sé que pensarás que soy demasiado joven, pero te prometo crecer, madurar y visitarte algún

día cuando tenga medios para viajar. Te pido por favor que no desesperes, piensa que nunca estás ni estarás sola. Sólo sé feliz.

.....

Los años se fueron después. Han transcurrido demasiados y la vejez me ha alcanzado inexorablemente. Reveo tus películas... tus fotografías y tu belleza sigue como entonces, convertida -como profetizaron algunos- en icono cultural, en inquietante diosa sin templo.

Íntimamente aún creo que aquella, mi carta llegó a destino. Creo que la leíste y que, en cierta manera, obraste como te dijera, especialmente acercándote primero a Robert y después a John... Luego el destino te alcanzó, pasaste a ser “Cuestión de Seguridad Nacional” y yo me transformé en uno de tus asesinos.

Reviso las noticias de aquellos días lejanos de 1962... los somníferos, tu “sueño” y tu desprotección. Mi querido y admirado J.F.K. tampoco te sobreviviría demasiado. Aquel aciago 22 de noviembre de 1963 quedaría en la memoria colectiva de todos, especialmente de sus contemporáneos, los que nunca olvidaríamos dónde estábamos y qué hacíamos en el momento en que la noticia conmovió el mundo.

Aún me pregunto si ya herido y antes que llegara el disparo definitivo que le destrozara el cerebro, pensó en ti con culpa... Como asimismo me pregunto si Bobby pensó en ti con culpa, cuando cayó también herido de muerte en aquel hotel de California, durante la campaña presidencial de

1968... Pues yo si lo hice, en esos días y en los que siguieron.

Releo párrafos de antiguas publicaciones:

“Un estadista. Un hombre. Una esperanza... La esperanza de la paz, la esperanza de un mundo mejor....” expresaba un artículo muy difundido sobre el asesinato de J.F.K. Él era la esperanza de muchos y de toda una generación de jóvenes que después sería aniquilada en crueles guerras como la de Viet-Nam , en revoluciones de diferentes países y en represiones sangrientas, luego de golpes de estado que parecían calcarse a lo largo y lo ancho del planeta.

Era también tu esperanza...Por eso, querida Marilyn, no tenemos perdón, nosotros te traicionamos y te asesinamos muy querida Marilyn.

VUELOS PATAGÓNICOS Y BÚSQUEDA PRICIPESCA

(A todos los principitos y princesitas de este mundo)

En 1930 Antoine de Saint Exupery, volaba en la Patagonia Argentina como piloto organizador de la Aeroposta, una línea aérea pionera. Del recuerdo de tales vuelos, surgieron páginas memorables como Vuelo Nocturno y muchos creen que en esos días, el legendario piloto también imaginó su obra cumbre “El Principito”. Estos párrafos de ficción tratan de confirmar esa creencia.

Querida Madre:

Mañana martes realizaré mi duodécimo vuelo en esta inmensidad que llaman Patagonia Argentina. Cubriré la distancia entre las localidades de Comodoro Rivadavia con Trelew, en una línea de vuelo de aproximadamente 360 km. La semana pasada volé casi seis horas, para unir Bahía Blanca con San Antonio Oeste, porque tenía viento cruzado y poca visibilidad, pero ahora creo que el vuelo será más placentero. Por aquí con el viento vuela mucho polvo, que gana gran altura, lo que me recuerda mis vuelos desde Dakar. Pero mañana, seguramente tendremos buen tiempo, por eso trataré de despegar temprano porque en esta época

del año, ya con la primavera avanzada, el sol aparece a eso de las seis.

Esta región patagónica sobrecoge. Alguien diría que es hermosa, pero yo siento que apabulla e inquieta, especialmente al atardecer, cuando el sol se pone tras las montañas de la Cordillera de los Andes y las sombras se alargan por la extendida y quebrada meseta.

Si el cielo está despejado, suelen formarse cirrus altos que semejan filamentos de encaje rosado y, en los amaneceres, puede vislumbrarse el rayo verde que nace en el horizonte con los primeros fulgores y se expande hacia el cenit.

Desde el aire, por momentos tengo recuerdos del Sahara pero, en tierra, el suelo se presenta muchas veces rocoso, en extensos pedregales. Por eso pienso que si el motor del *Laté 25* se plantara, no tendría problemas en aterrizar en largo planeo sin otro peligro de romper una rueda o el patín de cola.

En cuanto al avión, es muy bueno y seguro. Es un monoplano, montado con largueros y cuadernas de aluminio y cuyo motor con cilindros en "V" y 450 H.P, puede darme una autonomía de 600 km., volando a velocidad de crucero de 174 km. por hora.

Por ese costado no debes temer madre, los riesgos son de rutina. La Aeroposta está bien organizada, el amigo Jean Mermoz no olvida detalles en cuanto a reemplazos y tengo un mecánico, de mal genio y pocas palabras, pero que las sabe todas.

Eso sí, si tuviera una emergencia no me gustaría estar lejos de algún curso de agua porque, como decía, aquí las distancias son enormes y la ayuda tardaría en llegar. Así que no me descuido y, para tu tranquilidad, siempre llevo una buena reserva de agua en cada vuelo y bastante abrigo para las noches.

Las noches sí, son casi siempre muy frías en esta época del año, pero hermosas cuando no sopla el viento. Entonces las estrellas parecen desplomarse de un modo extraño y sobrecogedor, con una belleza que cuesta describir.

Aquí solemos orientarnos por la constelación de El Centauro, donde brilla la Cruz del Sur, cuyo eje, proyectado tres veces, ubica el Polo Sur Geográfico. También se divisan Alfa y Beta de El Centauro, las Nubes Magallánicas y algunos cúmulos abiertos, como el llamado Cofre de Joyas, que quita el aliento

A veces pienso que debería escribir algún cuento o crónica breve que narre un vuelo nocturno o alguna historia no muy extensa sobre una emergencia aeronáutica y en solitario en esta parte del mundo o quizás en el Sahara, porque ambas extensiones desiertas me provocan idénticos sentimientos.

Lo pienso a menudo cuando observo a los habitantes sufridos, solitarios y silenciosos de estas regiones, donde las distancias se dilatan sin encontrar morada ni cobijo. Creo que en la historia de tamaña emergencia, necesitaría de un

acompañante, que se constituyera en protagonista. Un visitante extraño, ajeno al lugar, quizás alguien muy joven, tal vez viajero interplanetario. Podría ser un niño con aspecto angelical, casi de mesías que aportara calidez e inocencia en la esterilidad del paisaje.

Como decía, la narración requeriría de una presencia de ángel pero sumamente poderosa que no temiera a las bestias ni a las miserias de este mundo y que no se sorprendiera por las debilidades humanas. Sería un ser etéreo y a la vez dotado de inusitada fuerza, en quien uno pudiera confiar sin reparos y recurrir en momentos de suma tribulación. Alguien que no se amilanase frente a las injusticias y que pudiera sobreponerse ante la crueldad, la avaricia o los terribles pecados de omisión, que suelen desencadenar tragedias sin límites sin que nunca existan culpables o responsables. Sería entonces alguien que se agigantara ante las situaciones límites porque, muy íntimamente sabría, como nadie, que el miedo extremo incluso a morir puede diluirse, cuando se está convencido que algo espera en el final, algo que puede redimir, aunque más no sea alguna recóndita condición humana, surgida ante el sufrimiento de circunstancias extremas o de sentimientos forjados en el crisol de la supervivencia.

Si esa presencia, casi sin peso de mi historia, me visitara en estas planicies desérticas, quizás me dejara elegir mi propia desaparición, quizás en el mar durante algún otro vuelo nocturno

o derribado por algún caza enemigo en alguna misión aérea y militar secreta, en otra guerra absurda en la que los hombres pueden llegar a enfrentarse, incendiando nuevamente a Europa, en una escalada sin precedentes que involucre a todos los pueblos del mundo.

Pero no te entristezcas madre, estas son simples cavilaciones de un piloto que a veces desea escribir. En el presente me siento seguro en este país, donde me he enamorado y del que, posiblemente me lleve una esposa. Mientras tanto vuelo, no demasiado alto como para perder de vista mi débil perspectiva humana, sintiendo como techo este cielo que amo y al que levanto los ojos cuando se recuestan las tardes, recordándote y deseando a cada instante volverte a ver.

ATARDECER EN FEBRERO

*Posible carta encontrada entre las ropas de un
sargento de caballería, muerto en un combate
librado muy cerca de las barrancas del Río
Paraná.*

La tarde de comienzos de febrero se arrastraba hacia las barrancas del ancho río, el rechinar de las cigarras se apagaba en la medida que la temperatura descendía y algunos grillos y ranas comenzaban su canto que se prolongaría bajo la noche estrellada.

El soldado de tez morena se quitó el morrión que caldeaba su cabeza entre el pelo demasiado rizado y buscó algo de fresco bajo las agujas de un pino solitario, ajeno al paisaje que se prolongaba más allá del patio del convento añoso.

Las botas de montar de caña alta le molestaban bastante, ya que no se acostumbraba a tanto lujo de calzado lustroso, para sus pies anchos de años de alpargatas correntinas. El cuello de la guerrera, demasiado ajustado para su gusto, también irritaba su piel sudorosa bajo su nuez de adán, por eso desprendió algunos botones, no sin antes verificar que no era observado desde el viejo galpón transformado en barraca para un escuadrón de granaderos, que habían pasado la noche anterior en camastros improvisados y sudorosos.

Caminó algunos pasos más hacia la cerca que separaba el predio del campo mismo y luego se sentó a la sombra dispuesto a escribir una nota para

su compañera de años, quien había soportado su existencia de criollo rebelde y díscolo desde su mocedad.

Querida de mis desvelos: –encabezó- y comenzó a esbozar su idea con su letra despareja, casi incomprensible para cualquier desconocido.

La tarde se acaba –garrapateó- y deberemos acostarnos temprano, pues seguramente mañana habrá acción si los realistas deciden remontar el río hasta nuestra posición que, por supuesto, no voy a revelar en esta nota que no sé muy bien si es una disculpa, por haberte abandonado una vez más, o una despedida por si me espera una bayoneta, una andanada de espingarda o simplemente una bala rastrillada por un fusil godó.

Lo que sí puedo contarte, es lo mucho que me ha impresionado el Teniente Coronel al mando del regimiento, un correntino de espaldas anchas condecorado en España, ya que ha servido para los realistas en contra de la invasión napoleónica. Tose mucho por las noches, pero monta bien y dirige mejor, con voz firme y mirada fija y febril. En pocos días nos ha enseñado más sobre caballería de ataque y defensa, que en años de a caballo como chusma de lanza en patriadas y bandidaje.

No sé que pasará si entramos en combate, somos menos de un centenar, pero él asegura que bien montados, con la sorpresa de nuestro lado y en una carga de sable rápido, nadie puede reaccionar en defensa. Eso sí, deberemos aguardar

encubiertos en nuestra posición y dejarlos desembarcar y avanzar por el campo –como hacen siempre para cuatrerear- lejos del fuego de los cañones de sus naves y de la fusilería de abordó.

Por eso dependemos de la guerra de zapa que el coronel ha desplegado, usando el chismorro de los guaraníes acristianados que bajan de las misiones.

Decía que el Coronel me ha impresionado, en realidad lo que más me ha impactado es su mirar a los ojos, su ademán que se impone y brinda seguridad y la forma de hablar franca, simple y sin titubeos “soldado por soldado, oficial por oficial” –como él dice- para que nos apasione el deber.

Ayer hemos tenido tres llamados a orden cerrado y uno de adoctrinamiento nocturno y todos hemos quedado con la convicción que tenemos un mando que va en serio. Nos ha inculcado que la seguridad en combate está en seguir al que manda y más sabe del grupo, “líder”, en inglés lo ha llamado. “El cuida mi pecho y yo cuidó su espalda” nos ha dicho una y otra vez y, a fuego, nos ha grabado la sentencia de nunca perder la línea de choque, pues la derrota puede venir rápidamente con la desbandada.

La luz está huyendo, querida de mi consuelo, el clarín ha tocado a silencio y debemos recogernos en la barraca con la queda que comenzará a regir en algunos minutos.

Debo despedirme pues y ansío verte sano y salvo, para tratar de hacerte olvidar la penurias y para que me perdone haberte dejado sola

nuevamente. Imploro que puedas perdonarme en estos días de confusión, entre sentimientos encontrados de inquietud y deseos de independizarnos de una vez por todas de los godos. Recuerda que ellos aparentan ser mansos y protectores, pero han demostrado más de una vez que pueden ser sanguinarios como nadie... y, cuando dudes al respecto por la inestabilidad de los días que han de venir y de lo que puede convenir más, recuerda que nunca podremos borrar las heridas del látigo en nuestras espaldas.

De algo estoy seguro mi muy querida de mis pesares, si me toca estar en la carga contra los realistas, no perderé la línea de ataque a degüello. Me han dado tiras de sargento y en el flanco del cuadro a mi cargo, se destaca un corpulento entrerriano llamado Baigorria. Con él no nos despegaremos de la grupa del caballo del Coronel y, mañana, 3 de febrero, como que me apellidaron Cabral, si entramos en combate en estas tierras de San Lorenzo, defenderé a punta y mandoble de sable las espaldas de mi Coronel, porque estoy seguro que si el entrevero de la batalla se espesa, él es el único que puede evitar el caos de la desbandada que nos traiga la derrota.

Espero verte pronto muy querida de mi consuelo.

Juan Bautista que te quiere, en los pagos de San Lorenzo, a dos días del mes de febrero, en el año del Señor 1813.-

EN EL PUEBLO DE NAVARRO

El pueblo de Navarro parece más plano que nunca por el viento tórrido de diciembre que barre la pampa tendida.

Manuel Dorrego observa el inclinar de los pastos duros a través del estrecho ventiluz de un pequeño cuarto convertido en celda.

No hay barrotes en la pequeña ventana pero él sabe que no existe huida posible. Dos fusileros de la infantería de Lavalle custodian a bayoneta calada y además él, indómito y rebelde otrora, sabe que está vencido para siempre y que en pocas horas, o minutos, estará muerto...Quizás por ser el Gobernador federal de la Provincia de Buenos Aires...quizás por ser demasiado popular para esos días de 1828 que ya termina.

El millar de hombres a su mando, bravos, leales y muy diestros en los entreveros cuerpo a cuerpo, han sido aplastados o mejor sería decir atravesados por los lanceros de la caballería, fogueados en un sinfín de combates en la guerra con el Brasil, recientemente concluida en forma vil, con un acuerdo de paz vergonzante para las Provincias Unidas del Plata.

Manuel Dorrego ya ha escrito una carta de despedida a su esposa e hijitas...En realidad han sido unas pocas palabras entregadas al General unitario Gregorio Araoz de Lamadrid, su antiguo camarada de armas, quien le ha comunicado que será ejecutado por fusilamiento. Veredicto impulsado y fogueado por los doctores porteños

Juan Cruz Varela y Salvador María del Carril, asesores siempre hábiles en operaciones para influenciar en el ánimo de Juan Lavalle.

Manuel Crispulo Bernabé Dorrego y Salas ha escrito, quizás confiando todavía que Lavalle puede conmutar la pena...Sabe de la nobleza del “General Niño”, soldado pródigo del General San Martín en la campaña de Los Andes, en la que Dorrego no pudo participar por otro de sus acostumbrados actos de rebeldía, penado con confinamiento primero y trasladado después a Buenos Aires, para quedar a las órdenes de Carlos María de Alvear.

La letra apretada en un pequeño trozo de papel dice: “Mi querida Angelita: en este momento me intiman que dentro de una hora debo morir. Ignoro por qué...Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio a lo recibido por mí. Mi vida: educa a esas amables criaturas...Sé feliz, ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado Manuel Dorrego.”

Dorrego piensa que ha aprendido la lección, no más insubordinaciones o actos de soberbia...Se lo ha dicho a Araoz de Lamadrid, quien fuera su compañero de armas en el Ejército del Norte, en las batallas de Salta y Tucumán y que ahora es su adversario.

Araoz sumamente emocionado le ha pedido que escriba una solicitud de perdón, pero Dorrego le ha respondido que conoce demasiado a Lavalle y

sabe que si éste ha tomado una decisión nadie ni nada se la hará cambiar.

Dorrego le ha agradecido a Araoz su gesto y le ha pedido su guerrera de doble abotonadura, tipo húsar, para el momento de la ejecución, a cambio de la suya que está manchada y desgarrada. Araoz de Lamadrid se ha negado, como también se ha negado a ser el ejecutor del “tiro de gracia” que Dorrego le ha solicitado como prenda de amistad...

Ahora Manuel Dorrego y Salas observa la pampa tendida, arrastrada y aplanada por el viento cálido que sopla sin pausa en ese mediodía de diciembre...De pronto, Dorrego se vuelve hacia la puerta y llama al soldado de guardia, pide recado de escribir y comienza a redactar su pedido de perdón al General Juan Lavalle...

-General, ex – camarada y amigo....escribe. Hubiese querido agregar “camarada de armas en la causa común en Chacabuco, en Cancha Rayada, en los pedregales del Río Maipo...” Pero él nunca estuvo allí...nunca acompañó a Lavalle, a Soler, a Necochea a Alvarez Condarco en la gesta cordillerana y sabe que ha sido su culpa y nada más que su culpa...

Dorrego estruja en su mano el papel de “su carta” y lo arroja a un rincón de la celda...Piensa quizás que debió haber seguido las sugerencias del caudillo bonaerense Juan Manuel de Rosas de marchar hacia el norte y buscar el apoyo de Estanislao López, antes de esperar a la división sublevada de Lavalle y enfrentarla en las proximidades de ese pueblo de Navarro...

La puerta de la celda se abre de improviso...

-Es la hora mi Coronel – anuncia un oficial con gesto adusto, a la vez que le extiende un paquete que Dorrego abre con manos poco firmes...Es la guerrera de doble abotonadura, tipo “húsar”, de Araoz. Dorrego se quita la suya y le solicita al oficial, como especial pedido, que la haga llegar a su esposa como última voluntad...

...Al salir de la celda observa el pasar del pelotón de fusilamiento hacia el patio de armas. Son ocho fusileros que visten sus mejores galas...

-Nutrido piquete – piensa Dorrego – No voy a necesitar a Araoz ni a ningún otro para el “tiro de gracia”...

Los soldados a cargo le escoltan hacia una pared de adobe con revoque descascarado...El sol brilla alto y el viento de diciembre sopla constante y cálido...

Manuel Dorrego y Salas baja su vista hacia su pecho, la doble abotonadura de la guerrera que le ha legado Araoz resplandece con reflejos dorados...El piquete dispuesto en línea ante sí espera las órdenes del oficial.

Un escuadrón de la división correntina está formado veinte pasos atrás y el parche de un tambor comienza con su redoble...

...Es entonces cuando Manuel Crispulo Bernabé Dorrego y Salas divisa a su ex amigo y compañero de armas Gervasio Araoz de Lamadrid que se cuadra en saludo atrás de la tropa...Su rostro

brilla demasiado en ese mediodía de diciembre para ser sólo sudor.

Dos días después, un soldado que había formado en la segunda línea del escuadrón escribió en una carta a su madre: "...El General Araoz de Lamadrid, se quebró durante la ejecución del ex – gobernador Coronel Dorrego y lloró en presencia de la tropa".

PERDÓN QUERIDA MAFALDA

Posible carta de Joaquín Salvador “QUINO” Lavado.

Cada vez que miro tu estatua y te veo sentadita en soledad en un banco de plaza, como te dejé en 1973... quiero pedirte perdón y explicarte, aunque sea en parte, por qué te abandoné siendo todavía muy chiquita para valerte sola.

... Cometí un error imperdonable... Te hice crecer... Si miras cualquier historieta, cualquier “comics” nacional o extranjero, desde Periquita hasta Johnny Hazard, desde Hopalong Cassidy hasta Pelopincho y Cachirula, nadie crece o envejece en la historieta ... y yo te hice crecer a ti, a todos tus amiguitos y también a tu hermanito Guille.

Un amigo muy querido me dijo una vez que toda casa debería albergar, para conservar la felicidad, una niña de dos o tres años y yo, en mi obstinación intelectual, te hice crecer...

Por eso te abandoné antes que ingresaras a la escuela secundaria. Eras demasiado espontánea e inteligente para tanta alienación... Te abandoné antes que menstruaras y te transformaras en una mujercita, porque ya no te podría proteger.

Te abandoné y lloré tanto, porque en esos días difíciles y con la dictadura que se avecinaba: adolescente, espontánea, sincera y demasiado pensante, ibas camino a ser una torturada en esos años de plomo, o quizás una “desaparecida” o una

“N.N”, como seguramente lo serían los también muy pensantes Felipe y Libertad.

Tu expresión, dirigida a la policía, sobre “el palito de abollar ideologías”, seguramente te iba a costar muy caro, siendo –como apuntabas- una estudiante de filosofía y letras, que debería atravesar las huestes de la guardia de infantería, para ingresar a clase.

De mis muy queridos muchachitos, quizás sobreviviría Susanita, casada y buscando otros horizontes fuera del país, y muy probablemente la historia se tragaría también al inefable Manolito, encandilado por los discursos de libre mercado de los “Chicago Boys” de Milton Friedman, apadrinados por José A. Martínez de Hoz, sus herederos de ideario y por un ingeniero de apellido Alsogaray , quienes exigían fuerzas armadas para custodiar las calles y así garantizar el éxito de su programa económico.

Por todo eso, o por nada más que eso, te abandoné siendo aún una niña... y me duele horrores ... Y me cuesta mucho verte, en tu estatua, sentada solita en un banco de plaza en el barrio de San Telmo, soportando el frío y las lluvias del invierno y el sol despiadado del verano... como si no hubieras tenido un papá que te quiso mucho, que llegó a no afeitarse la mejilla, para no borrar la huella de tu beso de “Feliz Primavera”.... Como si no hubieses tenido una mamá que te cuidaba mucho, te protegía en tus juegos y te alimentaba con grandes platos de sopas que vos decías odiar...

Te veo sola y sentadita en ese banco de plaza, entre las calles Chile y Defensa, muy cerca de la casa donde naciste y no puedo sino llorar mi pecado irreparable y mi abandono. A veces veo que algún niñito se sienta a tu lado, para que le saquen una fotografía... También suelo ver tu imagen y la de tus amiguitos en láminas, mochilas, cuadernos y útiles escolares y trato de conformarme pensando que de esa manera no estás tan sola y que mucha gente te quiere y te recordará mucho tiempo después que me decreten, como lo dijo un gran amigo una vez, remedando un gran tango: UNA SOMBRA YA PRONTO SERÁS.

NADAR AL SUR

*Estas páginas pertenecientes a mi anterior libro
“Páginas para latinoamericanos” han sido
incluidas en este compendio especialmente
dedicadas a mi prologuista María Luisa
Echevarría.*

Terminaba el invierno, promediaba un septiembre que parecía junio: brumoso, con nieblas que se mantenían estancadas sobre el pueblo chato y aterido, con luces mortecinas en las calles que se adormecían temprano.

Recuerdo la ventana y el vapor condensado en sus vidrios. Recuerdo el dolor en mi garganta, producto de mis eternas anginas y la recomendación de mi madre, para que no saliera a jugar al frío del anochecer.

Recuerdo que tenía miedo, un miedo vago que aleteaba en mi estómago, proveniente de la charla de mayores y de mi falta de seguridad, porque sentía que algo de mi mundo, que creía establecido, comenzaba a desmoronarse.

Había una revolución militar en mi país. El Presidente de la Nación, el General sonriente de cientos de retratos en escuelas y oficinas, que gobernaba desde que yo tenía memoria, había emprendido su largo exilio, que duraría casi veinte años. Una cañonera lo transportaba a la República del Paraguay y, con él, se iban sus promesas de la “Nueva Argentina, donde los únicos privilegiados éramos los niños”.

Mi madre escuchaba por la radio estatal oscuros comunicados difundidos por un locutor de voz impostada que, de tanto en tanto, daba datos confusos sobre bombardeos de aviones, soldados atrincherados y fuego de ametralladoras.

Con mis escasos diez años de edad, me costaba creer que esas escenas, propias de las películas de la Guerra en Corea, estuvieran sucediendo en mi país que, según mis libros de lecturas escolares era la tierra de “de paz, pan y trabajo” y la patria “socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”.

Y así, pegado a los vidrios de la ventana, con mi miedo y mi inseguridad a cuestas, observé aquel juego que se desarrollaba en la calle aquel atardecer neblinoso y triste; mientras comenzaban a sucederse acontecimientos políticos y sociales, que se prolongarían con muchos muertos y tragedia, hasta avanzada la década de 1980.

Algunos muchachos del barrio gambeteaban, en el asfalto mojado, con una pelota algo desinflada y descosida. Era un anochecer en que pocos autos recorrían la ciudad y se podía jugar bajo los focos del alumbrado público sin peligro, aunque los vecinos protestaran por los pelotazos y gritos.

Allí estaba, con su gambeta rea, con la pelota muy cerca del pie, dando la sensación que sus fintas eran extremadamente sencillas y simples, surgidas de la más completa naturalidad... y verlo jugar, deteniéndose y acelerando de golpe,

cambiando rápidamente de frente y dejando parados a los defensores, me devolvió esa noche algo de mi tranquilidad perdida, haciéndome pensar que nada grave sucedía y que todo podía seguir igual.

Hoy, que revivo aquella escena una vez más, sé que esa sensación de tranquilidad no fue casual, sino que provenía de una intensa personalidad.

Su nombre era Vicente Nahuel y su apellido sonaba a voz francesa pese a su aspecto aborígen, de tez aceitunada en el invierno y color cobre con el sol del verano. Pocos lo llamaban por su primer nombre, casi todos le decíamos Nahuel, aunque muchos le agregaban apodosos que semejaran nombres indígenas, sacados de etiquetas de hierbas medicinales, tales como “Colagogo”, “Incauyuyo”, “Paico”, “Anacahuita”, etc., etc..

Pero muchas de esas bromas se fundaban en auténtica envidia por su aptitud para todo lo que fuera actividad física. Nahuel era un buen jugador de fútbol, pero también tenía una gran habilidad para cualquier deporte. Especialmente se destacaba en natación y era un experto lanzador de objetos, que bien podían ser piedras, pelotas, jabalinas, dardos,... además de tener una puntería infernal con la honda.

Varios de los chicos más pequeños del barrio aprendimos a nadar con él, pues tenía una capacidad innata para dar instrucciones precisas y fáciles de seguir. Nos enseñaba el estilo libre que

en esos días llamábamos “crol” y aún recuerdo su voz que acompañaba nuestras brazadas:

- El codo, más arriba que la mano... up, dos tres...- acompasaba, al mismo tiempo que nos exigía eternos ejercicios de batido de piernas.

- La punta de los pies hacia adentro y sin doblar las rodillas...

Sus lecciones eran sumamente eficaces ya que en unos pocos días cualquiera podía salir nadando, si superaba el “miedo al agua”, aunque el ejercicio de coordinar la respiración con la brazada, podía demorar unos días más.

Y precisamente esa falta de coordinación casi me costó la vida en cierta oportunidad, aunque, como tantas otras veces que estuve en peligro, nada dije en mi casa porque resultaba más difícil dar explicaciones que ahogarse.

Acababa de salir de un proceso febril que me había postrado en cama en pleno enero, con angina y bronquitis y cuando volví a la pileta del Club, ya todos mis compañeros nadaban sin problemas.

En mi caso, podía mantener un impecable estilo por trechos cortos, después cuando debía tomar aire, no lograba armonizar los movimientos y no podía seguir.

Me quedé en la fila aguardando el turno indicado por el profesor de natación, mientras Nahuel oficiaba de ayudante. Debíamos cruzar el

ancho de la pileta, apenas once metros y fracción que, en mis cortos años, veía como un río.

Llegó mi momento y ni siquiera pasó por mi cabeza la posibilidad de dar explicaciones y de excusarme. Lo mío para nada era valentía, años más tarde aprendería que la gente se muere por no pedir ayuda o por vergüenza de hacer papelones ante espectadores.

Así fue que tomé todo el aire que pude y empujé la pared con mis pies para que mi “largada” recorriera la mayor distancia posible antes de necesitar inspirar nuevamente.

Nadé con soltura algunas brazadas, el agua estaba muy fría y bastante clara, pero no lograba ver el borde opuesto, así que pensé:

- Debo estar en el medio, tomo aire una vez y luego...

Levanté la cabeza y boqueé, pero fue inútil, mi boca se inundó y aunque el agua no llegó a mis pulmones, porque la tragué inmediatamente para no desesperarme, me quedé paralizado en el medio del trayecto, con la boca bien cerrada y sintiendo que el pecho me estallaba.

No me moví, resignado a la nada, boyando con el agua a la altura de mis ojos, sin pensar nada en absoluto, hasta que escuché un chapoteo a mis espaldas y noté un fuerte antebrazo que se cerraba en mi cuello.

Sentí que me remolcaban hacia el sector menos profundo de la piscina y aún así no me moví

hasta que mis pies tocaron el suelo y alguien me ayudó a salir.

Habían sido unos pocos metros, pero para mis adentros sabía que eran la diferencia entre la vida y la muerte.

Miré a mi salvador, era Nahuel, quien sin pronunciar palabra, me dejó apoyado en la baranda y volvió con los demás como si nada hubiera sucedido.

Ninguno de los chicos se rio, quizás estaban más asustados que yo, pero no me cabía la menor duda que la burlas, cada vez más sangrientas, vendrían después.

A la tarde me invadió la vergüenza y decidí no ir a la pileta y quedarme en casa. Hacía mucho calor y mi madre se extrañó que me quedara adentro, malhumorado y callado.

En eso estaba, revisando viejos juguetes de puro aburrido, cuando llamaron a la puerta: era Nahuel, no venía a buscarme, tampoco habló mucho, pero siempre recordaré sus palabras.

- No permitas que te gane el miedo, si no volvés al agua hoy, nunca más nadarás. Si no querés encontrarte con nadie que te recuerde lo de esta mañana, andá a lo más alejado del arroyo, pero tiene que ser ya y no dejarlo para mañana.

Se fue muy serio, casi con bronca... y yo me quedé más solo que nunca, enfrentado con mis temores...

Recuerdo que luché hasta media tarde con mi temor, no al agua ya, sino al “que dirán” de mis compañeros, quienes seguramente esperarían el momento oportuno para la broma o la “cargada” brutal.

Ya caía casi el sol, cuando sin avisar en mi casa, me dirigí al Club y, esquivando los lugares de sombrillas y los corrillos cercanos a la pileta, para que ningún conocido me viera, bajé en la zona de barrancas más abruptas y me introduje en las aguas cálidas y turbias del arroyo, en el lugar menos frecuentado, donde el fondo era un limo blando y las algas filamentosas rozaban el cuerpo provocando contradictorias sensaciones táctiles de seres de otro mundo.

Y allí nadé, con mi depurado estilo “crawl” para cortas distancias, con la cara adentro del agua, tratando de ejercitar mi respiración hacia la derecha, sintiendo -a veces- que el agua barroza me inundaba la boca, la cual tragaba directamente para evitar cualquier ahogo.

Así estuve largo rato, hasta que el crepúsculo me dijo que debía regresar a mi casa. Tenía en ese momento la convicción que el agua no me asustaba y que, en mi orgullo, prefería ahogarme antes de soportar la vergüenza de otro salvataje en público.

Seguí viendo a Nahuel hasta casi mi ingreso al secundario y nunca dejó de asombrarme por su temeridad y sus intervenciones oportunas en los momentos límites, cuando los demás

vacilábamos. No éramos verdaderos amigos, él tenía algunos años más, pero yo lo imaginaba mucho mayor y, además, él adoptaba cierta postura distante hasta que entraba en rápida y certera acción.

Recuerdo algunas situaciones que lo pintan de cuerpo entero, en el escenario de aquellos días jóvenes:

Cierto invierno muy lluvioso había dejado al arroyo muy próximo al desborde y a las calles de tierra convertidas en fangales resbaladizos, que nunca llegaban a secarse por los días grises y brumosos.

Por ese mismo motivo, en la herrería próxima al “puente de hierro”, los caballos habían convertido el terreno en un pisadero donde uno se hundía en el barro hasta los tobillos. No sé bien cómo sucedió, pero un caballo sin manea retrocedió hasta casi la barranca, allí el borde cedió y el carro se desbarrancó a los tumbos, arrastrando al animal hacia las aguas turbulentas y correntosas debido a la crecida.

Varios muchachos de la barra estábamos en ese momento en la herrería, juntando trozos de hierro para nuestras hondas-gomeras y Nahuel estaba con nosotros. No lo pensó, sino que se quitó los zapatones que usaba en invierno, tomó una faca que estaba afilando a lima y piedra uno de los aprendices y se arrojó al agua sin titubear.

Lo vi nadar con su estilo impecable a pesar de las ropas y bordear el carro, que aún no se había

hundido, pero que comenzaba a ser arrastrado por la corriente, mientras el caballo chapoteaba enloquecido tratando de ganar tierra firme. Lo vi colocarse el cuchillo entre los dientes y sumergirse una y otra vez tratando de ubicar el mejor ángulo para acercarse al animal y cortar los arreos. Vi también como el caballo lo golpeaba en su constante debatir, pero aún así siguió intentando hasta cortar arreos y cinchas, hasta acercar las riendas a la orilla, donde el corpulento herrero y dos ayudantes, sumaron sus esfuerzos y lograron que el caballo pudiera salir de la corriente.

Nahuel nadó hacia un lugar de más fácil acceso a la orilla y allí salió del agua, sangraba por un desgarrón en el muslo izquierdo y cuando se acercaron para asistirlo ni se quejó y sólo pidió unas bolsas de arpillera para cubrirse. Cuando se las trajeron, se envolvió en ellas y comenzó a caminar lentamente hacia su casa diciendo por lo bajo:

- Gracias, estaba empezando a sentir algo de frío.

Otra vez, mientras hacíamos una incursión nocturna en los túneles de la usina vieja, portando improvisadas antorchas y asustándonos unos a otros a los gritos, Nahuel volvió a mostrar la rapidez de sus reacciones.

Habíamos ingresado en fila india y alguien que marchaba entre los primeros gritó, quizás en broma, quizás en serio, advirtiendo sobre un

supuesto linyera armado. Salimos en desbandada, atropellándonos casi a ciegas, con tanta mala suerte que uno de los mellizos, que vivían a la vuelta de mi casa, se golpeó con un hierro que pendía del techo semi derruido, provocándose un corte en el cuero cabelludo.

Cuando nos reunimos a la luz mortecina del puente cimbreante próximo, algunos casi nos desmayamos al ver tanta sangre sobre el rostro de nuestro compañero.

Nahuel actuó rápidamente, sacó un trozo de cinta aisladora que soportaba los cables de los frenos al manubrio de su bicicleta y con él adhirió los bordes de la herida, conteniendo así la sangre y mejorando la apariencia del mellizo hasta que lo acompañamos al hospital.

Allí, nuestra sorpresa fue mucha, cuando el médico de guardia aseguró que con un solo punto sería suficiente, puesto que aquel oportuno primer auxilio hacía innecesario otro tratamiento. Intervención que, a nuestro modo de ver, impidió también que el padre del mellizo pasara de su amenaza “de molernos a palos”, como era su costumbre, a los hechos.

Y un día, sencillamente, Nahuel y su madre desaparecieron del barrio. La habitación, que habían compartido en los fondos de una vieja herrería, quedó vacía y muchos de nosotros no nos animamos a preguntar nada. Alguien dijo que Nahuel había ingresado en la Armada y el imaginario de los chicos del barrio se encargó

después de engrosar la versión y darlo como buzo táctico de la Marina.

Tal comentario no me extrañó, por lo que conocía de él, la arriesgada actividad de buzo táctico, estaba hecha a su medida.

Pasaron algunos años, quizás seis o siete. Creo haber escrito alguna vez que la escuela secundaria me apartó del viejo barrio. Nuevos amigos y amores de adolescente obraron en conjunto para tal alejamiento. Además, la fisonomía del mundo de mi niñez había cambiado: el parque, casi un bosque de nuestras correrías, fue urbanizado. Sus corpulentos eucaliptos y cipreses, dispuestos en hileras centenarias fueron descuajados con dinamita y hasta los túneles de la usina en ruinas fueron rellenos de hormigón como para enterrar mi pasado.

La secundaria concluyó sin mayor pena pero tampoco sin ninguna gloria. Para esa época yo ya tenía un empleo mezquino y déspota que parecía absorber todo: mi cerebro, mis días y hasta mi viaje de egresado imaginado e idealizado hasta el cansancio.

Así sucedió que dos o tres compañeros que nos habíamos quedado sin aquel ansiado viaje por alguna u otra razón, resolvimos pasar un fin de semana en alguna playa cercana.

Recuerdo que me entusiasmó la idea, conocía el mar a la distancia, pero nunca había tenido oportunidad de disfrutarlo. De manera que un viernes por la tarde, salí un rato antes del trabajo y con pocos preparativos tomamos un ómnibus que,

en algunas horas, nos depositó en la costa, sin mayores pretensiones que disfrutar del agua marina, del buen sol y de la variedad de platillos que servían con la cerveza o con el “Cinzano” en la zona portuaria.

Era diciembre, cercano a las fiestas de fin de año y los turistas todavía no habían llegado, las calles estaban tranquilas y el sol brillaba sin nubes aquella mañana en que, recién a los diecisiete años de edad, enfrenté por primera vez el mar y probé mis brazadas de nadador de agua dulce en aquellas olas turbulentas y frías de nuestro “Atlántico del Sur”.

No sé las horas que pasamos en la playa aquel sábado, sí recuerdo el escozor en la espalda quemada sin ninguna protección. No había previsto ese riesgo y tampoco conocía nada de los horarios de las mareas, ni de los peligros que corría al zambullirme desde las escolleras. Así que probé todo, incluso acompañé algunos metros mar adentro a una belleza platense, nadadora olímpica del equipo de Club Gimnasia y Esgrima, quien cortaba el agua como una saeta y me admiraba con su exquisito estilo “mariposa-delfín”.

La tarde casi crepúsculo nos encontró exhaustos y achicharrados por el sol y decidimos volver al pequeño hotel para ducharnos. No habíamos comido casi, salvo algún sandwich playero, por lo que decidimos dormir una hora y luego nos dirigimos al puerto para hacer un copioso “almuerzo-merienda-cena”, regado con abundante vino blanco en un bodegón de la época, donde se

cantaban canzonetas napolitanas a coro con pescadores y marineros.

La piel me ardía bajo la camisa blanca y abierta, pero no me importaba, la noche era fresca y apacible, la música se había calmado con el correr de las horas, estaba con buenos amigos, el vino me había amodorrado suavemente y aún seguía embobado por la imagen de aquella rubia nadadora, que deslizaba sin que las olas parecieran tocarla.

El domingo fue distinto, aparecieron dolores varios en el cuerpo por el sol y la extenuación y en la cabeza por los tragos nocturnos. Tomamos café y casi nos arrastramos hacia la playa. El sol estaba alto ya y los ojos me ardían afiebrados.

De pronto supe que todo saldría mal. En principio dejé mi pequeña cámara fotográfica en una roca para intentar en el agua algo de alivio, pero no reparé en que la marea crecía y las ondas de espuma y arena la inutilizaron totalmente.

Después advertí que mi admirada nadadora, quien me había roto el corazón el día anterior, ya no estaba sola. Dos compañeros de equipo, altos, bronceados y musculosos nadaban a su lado como peces. Sentí como la idílica conquista que había imaginado se desvanecía. La decepción y la desolación me apuñalaron hondo y, de un golpe, advertí que en unas pocas horas más, estaría sumergido nuevamente entre los papeles de mi empleo oficinesco y mediocre.

Mi amigo me llamó, me invitaba a nadar mar adentro. Según él rodearíamos el largo muelle

de pescadores y entraríamos a la playa por el otro lado.

Reconozco que no me entusiasmó demasiado la idea, estaba cansado, me ardía la espalda y, para peor, no lograba calcular la longitud de la gran construcción de cemento que se internaba en el mar, con un gran letrero luminoso de “Americano Gancia”.

Recuerdo que pensé que estaríamos un buen tiempo en el agua y entonces tendríamos la ventaja que el sol no nos quemaría. También recuerdo haber pensado que si la rubia encantadora me veía, quedaría impresionada por nuestra proeza.

No tenía nada que perder, me ajusté el pantalón de baño en la cintura y sin titubear me interné en el agua siempre fría, a pesar del sol que brillaba implacable en el cenit.

Comencé con mi “crawl” depurado de pileta de club, pero pronto advertí que nadaba algo más rápido que mi amigo y que lo perdía de vista; no porque nos separara gran distancia, sino porque el agua estaba encrespada y seguramente cuando él subía entre las olas, yo bajaba. Cambié, entonces, por mi “patada” de pecho, menos rápida y menos atlética, pero más fácil de sostener a la vez que me dejaba los ardientes ojos libres.

Nadaba, avanzaba bien, ya no divisaba a mi amigo, el gran muelle estaba unos cuantos metros a mi izquierda como referencia y pude ver como algunos pescadores me hicieron algunos gestos para que regresara. No hice ningún caso, el chapoteo del agua parecía anestesiarme, además,

algunas embarcaciones mar adentro, con publicidad de comestibles y cigarrillos, me hacían sentir que no corría ningún peligro.

Pero el peligro se hizo presente y con él el miedo. Algunas nubes sombrías opacaron el cielo y el viento llegó desde la costa encrespando aún más las olas. Entonces comprendí que si quería rebasar el muelle, sin que la potencia del mar me arrojara sobre las rocas, debía ingresar un gran trecho en aguas abiertas, ya sin la protección de las escolleras y del propio muelle.

Lo intenté, el viento de la costa y la fuerza de las olas me impulsaban raudamente, sin que importaran mis brazadas. Fue cuando realmente me alarmé y decidí regresar por donde había ingresado, sin completar el rodeo del muelle.

- De todas maneras -pensé- casi habré nadado la misma distancia...

Intenté pues, cambiar el rumbo, pero no tuve ninguna seguridad de haberlo hecho: no veía la costa, ni tampoco el muelle.

- No estoy demasiado lejos -razoné- lo que sucede es que las olas están muy altas y me impiden ver... pero si nado un poco en esta dirección, pronto tendré a la vista la playa y el muelle como referencia.

No hubo caso, quizás estaba en la corriente de algún canal que “tiraba” hacia adentro o el

mismo viento me impedía avanzar. Nadé un rato y tuve la impresión que no me movía, entonces todo el cansancio me llegó de repente y una especie de lasitud me invadió.

Ya no nadaba, solo flotaba y tenía la sensación cierta que las olas me habían impulsado a aguas muy abiertas y profundas.

Ahora tenía verdadero miedo, por primera vez pensé que mi amigo se había ahogado y que yo correría igual suerte...

Me resistí, probé con toda la potencia de mi “crawl” y con mi mejor patada de pecho, pero tuve la convicción de que todo era inútil.

Floté de espaldas, en la “posición del pez” un viejo recurso yoga que permitía descansar sin realizar ningún movimiento, pero que no servía para “salir”. El cielo se había puesto totalmente plomizo y el viento era ya muy fuerte, estaba metido en medio de una verdadera tempestad y una especie de resignación me dijo que ello me costaría la vida.

Seguía boca arriba a merced del oleaje, cuando escuché el motor. Giré el cuerpo y la divisé, era una de las embarcaciones de publicidad que recorría la costa y que había visto antes.

-Está a un centenar de metros -pensé-, entonces no estoy tan lejos de la costa y puedo volver...

Sin embargo, algo que había escuchado o leído alguna vez, me vino a la memoria:

“La mayoría de la gente perdida que perece de hambre, de sed, ahogada... muere por miedo al ridículo, en realidad muere porque el orgullo le impide buscar ayuda.”

Entonces, decidí que ése no sería mi caso y en un impulso levanté los brazos y pedí socorro.

Cuando los de la pequeña embarcación me divisaron, primero me saludaron y parecieron continuar su derrotero pero, quizás, mi inmovilidad les advirtió acerca de mis dificultades y comenzaron a virar hacia mí.

Pronto la borda estuvo casi a mi alcance y pensé que alguien me arrojaría un cabo, sin embargo eso no sucedió... un rostro muy moreno apareció ante mi vista y entre el ruido del motor me habló con voz sonora:

- Si te socorremos ahora, nunca más te animarás a nadar en el mar- creí oír.

Instantes después se escuchó un chapuzón... y percibí que alguien se acercaba hacia mí.

- Vamos - dijo la misma voz - salgamos del canal, nademos hacia la zona de aguas mas claras - agregó desplazándose lateralmente del rumbo que yo había insistido en tomar anteriormente.

Yo no veía nada de las aguas claras que él había aludido, sin embargo lo seguí quizás

pensando que desde el barco se tendría un mejor panorama de situación, pero, fundamentalmente, porque esa voz me inspiraba confianza, una ciega confianza.

Nadé un rato siguiendo sus brazadas poderosas, hasta que de pronto se detuvo e indicó:

-Bueno, ahora sí, con todo hacia la costa- y cambió de dirección.

Se colocó a mi lado y siguió con las instrucciones:

- No crawl, no pecho, sólo over -gritó- ponerse de lado, tomar aire, esperar la ola, dar doble patada y deslizar... y otra vez... y otra vez.

Comprobé que resultaba fácil seguirlo, había algo de preciso, matemático, sumamente eficaz pero también conocido en aquel ritmo. Yo levantaba el brazo, tomaba aire y veía en él, a la par, el mismo movimiento, avanzábamos y avanzábamos bien.

De pronto el cielo comenzó a despejarse y brilló el sol, entonces miré hacia adelante y pude ver algunos toldos y sombrillas en la costa.

-Ya estoy -pensé- me salvé. Y avergonzado, para mis adentros, me rectifique: -me salvó.

Cambié la brazada por la de pecho para despejar mi visual y, sorprendido, comprobé que mi salvador ya no nadaba a mi lado. Volví la cabeza y vi que estaba unos metros atrás, pero que ya no nadaba, flotaba y me hacía gestos para que siguiera hacia la playa.

Así lo hice, hasta que sentí la arena bajo mis pies y con pasos temblorosos salí del agua entre el ruidoso romper de las olas y el bullicio de los bañistas.

Me senté en la arena con todo mi cansancio a cuestas, comprobé lo mucho que el mar me había alejado desde mi punto de entrada cercano al muelle y sin que nadie me viera besé el suelo. Fue cuando miré hacia el mar y lo vi atravesar la segunda rompiente hacia mar adentro, hacia el barquito que lo esperaba anclado. Nadaba muy bien “crawl”, su brazada parecía indicar un ritmo: “El codo más arriba que la mano... up, dos, tres”...

Una garra pareció apretarme el pecho y un extraño convencimiento me embargó: Nahuel me había salvado otra vez pero, por sobre todo, nuevamente me había indicado el camino para escapar del miedo.

Busqué a mi amigo, él sí había circundado el muelle y tardó algo más en llegar a la playa. Nada le dije acerca que había estado a punto de ahogarme y otra vez recordé que mucha gente “se muere para evitar el ridículo”.

Aprendí a respetar al mar. Tiempo después, en oportunidades en que quise probar mi

resistencia, nadé en forma paralela a la orilla, como lo aconsejan los manuales del salvavidas.

Esa noche, con el zumbido del motor del ómnibus que nos regresaba a nuestro pueblo entre las serranías pampeanas, yo dormitaba mi fiebre de insolación y cansancio. Así, entre imágenes soñadas y recordadas, volví a ver aquella brazada indicando “el codo más arriba que la mano” y con extraño sobrecogimiento me vi en mi empleo mediocre, sepultado de papeles y de años y tuve el convencimiento que mi infancia había quedado atrás para siempre y que mi adolescencia se esfumaba...

... Entonces, una vez más, sentí la punzada del miedo que provenía de una sensación no muy clara ante fuerzas extrañas... Y pude vislumbrar que, como todo ser humano y más de una vez en mi vida, debería enfrentar mis circunstancias en la más completa indefensión.

ÍNDICE

Prólogo.....	Pág. 04
Párrafos de cartas desde El Plata.....	Pág. 07
De luces y sombras.....	Pág. 19
Cuento hecho carta.....	Pág. 27
Aires julianos.....	Pág. 30
Carta y redención.....	Pág. 34
Probables reflexiones de un viejo astrónomo.....	Pág. 39
Aguas verdes.....	Pág. 43
En los caminos de la evolución.....	Pág. 52
Cuando matamos a Marilyn.....	Pág. 58
Vuelos patagónicos y búsqueda princesca.....	Pág. 65
Atardecer en febrero.....	Pág. 70
En el pueblo de Navarro.....	Pág. 74
Perdón querida Mafalda.....	Pág. 79
Nadar al sur.....	Pág. 82

Roberto Armando Forte es argentino, nació en Olavarría (Prov. de Bs. As.), ciudad donde siempre ha residido. Es Licenciado en enseñanza de las Ciencias Naturales y ha sido columnista periodístico.

El cuento y el relato son sus expresiones literarias preferidas y dentro de esas modalidades han sido publicados sus libros
**EL HIJO DEL ORFEBRE, CUENTOS SUBURBANOS,
 DE RECUERDOS Y OLVIDOS y
 PÁGINAS PARA LATINOAMERICANOS.**

Además, dentro del género ensayo, ha publicado **UNA SOMBRA QUE COBIJA** sobre la temática **El hombre y el paisaje en obra de Ricardo Güiraldes.**”

Diversas agrupaciones del quehacer cultural, en el orden nacional e internacional, han seleccionado y destacado su obra literaria. como el Concejo Deliberante de la Municipalidad de Olavarría, la Fundación Givré, la Selección Morgan en la Feria Internacional de Buenos Aires “El libro del autor al lector”, el Consejo Federal de Educación, la Secretaría de Cultura de la Nación, la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires, la Asociación de Compositores de la Rep. Argentina y el Área de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla (España) e Instituto Cultural de la Prov. de Buenos Aires entre otras.

En “Párrafos desde El Plata” el autor retorna a su afición por escribir cartas y notas que bien podrían ser parte de algún diario íntimo de un compendio de memorias

